

CHRISTUS

LUNA

Segunda Ofrenda

Nuevamente, vuelve a ponerte CHISTUS una espiga en tus manos, desmenuzándose, ferviente a tu avidez, los granos de sus páginas. Llega a tí dentro del mes tercero de este año del Pilar, en la gracia de miel y de rocío de la primera flor de primavera. Como un salvoconducto de alegría para cruzar caminos sedientos de misiones. Cédula de creyente, para seguir la ruta. Con la tristeza morada de todos los altares dolorosos y el temblor presentido—vivido y paladeado antes de ser—del cohete de gozo del Sábado de Gloria. Y quiere que tú—muela harinera echada a andar a un viento alto—la claves en tu pecho, tal que sobre un surco de fuego una llama de pan.

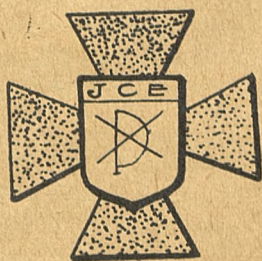
En quince días de Pasión y de Muerte, queremos que sus páginas sean como una manta enrollada a tu fuerza cuando andes, amparadora de tu cansancio cuando te sacudas la tierra de Castilla en los mesones de tu ansia. Y que cuando pasen esos días—«todas las cosas pasan y tú también con ellas», dice Kempis—, no la olvides en un pobre rincón telarañoso de ingratitudes y fastidios. Que sea ella, empapadora de tu sudor en sacrificios, la que te lleve a fuentes de Sabiduría Eterna. No como poseedora—sabemos su pobreza y bien nos duele—, sino como guiadora, en punta de cerilla, si no en astro.

A tu bondad, pues, lector hermano en Jesucristo, encomendamos estas páginas, harina en el amor de tu molino. Ayúdanos tú a pedir a Dios, para España y el mundo, la eterna Levadura, hacia la muerte...

Valdepeñas, Marzo de 1940.

SEMANA

SANTA



ernesto

1940

Año

del

CON CENSURA
ECLESIASTICA

Dilar

SUMARIO

SEGUNDA OFRENDA	
¡JERUSALEN!... ¡JERUSALEN!	<i>Eleuterio García Cid</i>
LA ULTIMA CENA	<i>A. S. B.</i>
GETSEMANI.	<i>Cecilio Muñoz Fillol</i>
JUDAS	<i>Antonio M.-Peñasco</i>
MANDAMIENTO DE AMOR.	<i>L. A.</i>
NEGACIONES DE SAN PEDRO	<i>A. M. P.</i>
ECCE HOMO	<i>Pepita Toledo de Lozano</i>
GOLONDRINAS	<i>José Vicente</i>
CAMINO DEL CALVARIO	<i>Dolores Marín</i>
PADRE, PERDONALOS	<i>Ramiro Munda</i>
MATER DOLOROSA	<i>A. R.</i>
CONSUMATUM EST	<i>Angelita Rodero</i>
VERDADERAMENTE ERA HIJO DE DIOS.	<i>Eugenio Gómez San Martín</i>
Y MUERE EL SALVADOR.	<i>M. Calatayud</i>
MURIO MIRANDO A ESPAÑA.	<i>E. G.</i>
LOS BUITRES DE JUDEA	<i>Emilio Cornejo Caminero</i>
PIEDAD.	<i>Lorenzo Arias</i>
RESURREXIT	<i>J. A. S.</i>
AL CRISTO DE VILLAJOS	<i>José Vicente</i>
APUNTES RAPIDOS DE LA SEMANA SANTA SEVILLANA.	<i>Don Fusil</i>
PALABRAS Y SILENCIO.	<i>Juan Alcaide Sánchez</i>
S. E. U. DEFENSA DE CRISTIANDAD.	<i>B. Alarcón</i>



¡Jerusalén!

¡Jerusalén!

Era una cálida mañana de la florida primavera; uno de los días primeros del mes santo de Nisán, en el que el pueblo de Israel se disponía a celebrar la más famosa Pascua que jamás presenciara la desleal Jerusalén.

El sol esplendoroso galopaba en carroza de rubies y diamantes por los anchos espacios de los cielos, inundando de su luz y de belleza; prodigando nueva vida a los campos y collados de la hermosa Palestina, ataviados con las galas más vistosas de la ubérrima Natura.

Y al contacto de sus rayos rutilantes, palpitaba la tierra quejumbrosa, como pecho sonrosado de feliz recién nacido, bajo su manto de verdor matizado de olorosas florecillas.

Una brisa perfumada de selváticos aromas, de tomillos y de cedros, acaricia juguetona los brazos de los árboles vestidos ya de hojas y las plantas multiformes que tapizan las campiñas siempre fértiles.

Y se escuchan por doquiera mil canciones, himnos santos impregnados de mesiánicas promesas: son los muchos forasteros del pequeño Tetrarcado, que ya acuden presurosos a la Santa Ciudad de sus mayores, para celebrar la nueva Pascua, a la que asistirá según costumbre el Nazareno, el Rabí de Galilea, el Mesías de Israel tan conocido por sus muchísimos milagros.

Y así es: el buen Jesús ha dejado la dulcísima Betania y la agradable compañía de Lázaro, el recién resucitado, de Marta y de María; ha ordenado a sus apóstoles que le sigan en sus pasos y con ellos se dirige, como humilde peregrino, a la gran Jerusalén; en donde sacerdotes y pontífices, fariseos y rabinos decretaron ya su muerte por envidia de su gloria más que humana.

Caminan lentamente, como temerosos de llegar a la Ciudad en la que recordando las palabras del Maestro morirá crucificado.

Ya suben silenciosos el collado que corona con sus frondas siempre verdes el fatídico Olivete, mas antes de llegar a la aldea de Betfage, Jesús ha mandado a dos apóstoles, para que le traigan una asnila y su pollino que, atada, encontrarán a la ventana de una casa.

Y traída a su presencia han colocado los apóstoles por gualdrapas y atavíos unos mantos ya raídos por el tiempo y han montado a su Maestro sobre dicho animal en el que nadie aún ha subido.

Cabalgando mansamente, rodeado de sus apóstoles queridos, que admiran al Maestro sin comprender tan extraña ceremonia, avanza el buen Jesús en su camino, embargado su divino corazón de amargas y tristezas de agonia y de muerte.

Marchan solos en coloquio en-

trecortado bajo el abrasador del claro día.

Pero pronto, los que ya le han alcanzado en el camino, le conocen y se unen a tan pacífico cortejo, alabando al Rabí de Galilea que pasó por sus pueblos prodigando beneficios; y exténdiendole sus mantos y vestidos, en alegre homenaje de cariño, le acompañan alfombrándole la senda con ramaje que cortan de los árboles linderos y con palmas que reparten entre todos.

La manifestación aun numerosa, era todavía familiar. Se centuplica cuando cruzan el Cedrón y el Olivete rumoroso, en donde acampan bajo tiendas numerosos forasteros; se desborda como río caudaloso cuando los vigías de las torres y murallas anuncian allá lejos un confuso tropel y abigarrada muchedumbre que se acerca más y más a la Ciudad, acompañando al Nazareno cuyo nombre se repite entrecortado en los gratos rumores de la brisa.

Un grito venerando, solemne que se habrá de cantar en honor de Jesús a través de las edades y los siglos, ha salido, como lava de volcán, de las turbas y discípulos, ya alegres al oír las alabanzas que tributan al Maestro. «¡Bendito el que viene Rey en nombre del Señor!»

Y a sus mágicos acéntos se ha llenado el ambiente de ruidos y de místicas canciones y no hay

lengua que no aclame con ardor a Jesús el Nazareno; hasta los ingenuos pequeñuelos rivalizan con sus gritos candorosos.

El cortejo triunfal desciende presuroso por la cuesta del pequeño Olivete y una extraña parada apaga por momentos las cálidas palabras de entusiasmo.

Jesús se ha detenido; a su vista ha surgido la desleal Jerusalén con sus torres y murallas, con sus ricos palacios y su Templo magnífico, asomado como espacioso

balcón y amplísima azotea en la ingrata Ciudad que le recibe.

Jesús la ha mirado compasivo, se entristece, se conmueve intensamente y de sus ojos se desgranaban gruesas lágrimas que humedecen sus vestidos.

Los que están junto a su lado, han oído de su boca estas duras palabras paternas «¡Jerusalén!... ¡Jerusalén! ¡Si conocieras tú, al menos en este día tuyo, lo que a tu paz conducel; ¡pero ahora se esconde de tus ojos! Vendrán

días en que tus enemigos te cercarán... arrasarán tus muros, exterminarán tus hijos y no dejarán de tu grandeza ni piedra sobre piedra.»

Terrible profecía, lágrimas divinas, lacónico lenguaje de dolor y de amargura.

Y así ha entrado Jesús en la deicida Jerusalén; húmedos sus ojos, cargada de tristeza su mirada.

ELEUTERIO GARCIA CID.
Presbitero



LA ÚLTIMA CENA

Eran los últimos días de la vida del Salvador. Dispónese Jesús a celebrar con sus apóstoles la fiesta de la pascua que era para los hebreos la más grande entre todas sus solemnidades. Pascua significa tránsito y conmemoraban, en efecto, el tránsito del pueblo de Israel desde Egipto a la tierra de promisión. Llamábase tam-

bién esta fiesta, la fiesta de los ácidos, es decir, de los panes sin levadura, porque en los siete días que duraban las fiestas no era permitido ni probar, ni siquiera tener en casa, pan fermentado.

El tiempo era el 14 del mes de Nisán, es decir, el primer mes de los judíos, que comenzaba en la primera luna de nuestro mes de

Marzo y acababa en la primera de nuestro mes de Abril. Este respeto al tiempo lo conserva todavía la Iglesia, que celebra la pascua en la misma época del año en que caería entre los hebreos.

Todos los ritos de esta fiesta estaban minuciosamente detallados. Desde la noche del 13 de



Nisán, en que ya comenzaba el 14 de Nisán, el amo de la casa la registraba toda, recogía todo el pan y levadura que encontraba y lo quemaba a mediodía. Entretanto las mujeres preparaban para la noche unos panes y pequeñas tortas sin levadura, sin sal y sin aceite.

Entre las dos tardes, esto es, entre el comienzo y fin del crepúsculo, se inmolaba el cordero.

Este no había de ser un cordero cualquiera. Cordero o cabrito, había de ser macho; tendría un año cumplido y estaría exento de todo defecto ritual.

En la tarde del 14 de Nisán lo inmolaban durante el sacrificio vespertino, entre el sonido de 100 trompetas y el canto de los salmos. Sacrificado y desollado en el templo, era llevado a casa donde se asaba.

Observaría Jesús y sus apóstoles en la última cena todas las ceremonias rituales; los evangelistas nada dicen de ellas, dándolas por sabidas.

Llegaba, pues, para todos la pascua y para Jesús la última de las pascuas y que iba a ser sustituida por otra mucho más santa, por la verdadera pascua del verdadero Cordero que quita los pecados del mundo.

Era el mismo día de los ácidos y a la tarde había que comer el cordero pascual. Llamando el Señor, dice el texto sagrado, a Pedro y Juan, les dijo.

—«Id y preparadnos la pascua para que la comamos.»

«¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?» preguntáronle los apóstoles. Respondióles:

—«Id a la ciudad, y al entrar en ella encontrareis un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa en que entre, y allí direis al dueño de ella; el Maestro te dice: Mi tiempo está cerca, voy a celebrar la pascua en tu casa con mis discípulos. ¿Dónde está el aposento en que he de comer la pascua con mis discípulos? Y él os enseñará en lo alto de la casa un salón espacioso amueblado. Preparad allí.»

Fueron los dos apóstoles, llegaron a la ciudad, encontraron al hombre del cántaro, le dieron el recado de su Maestro, hallaron todo como les había dicho, y prepararon la pascua.

Era la caída del día, habíase puesto el sol, y pasado, como ellos decían, la primera tarde. Surgían las tinieblas de la noche, y se acercaba la segunda tarde, como así llamaban al fin de ella. El cordero estaba inmolado, puesto al fuego íbase tostando, mientras el Señor desde Betania se acercaba por última vez a Jerusalén a ser él también inmolado al siguiente día. Ya no habían de ver sus ojos otra tarde, ni otra puesta de sol. Su corazón iba despedazándose por dos encontrados afectos. El uno, de un férvido anhelo de celebrar aquella pascua que había de ser la última y salir aquella misma noche a salvar la humanidad; el otro, de tremendo espanto y horror ante la perspectiva de lo mucho que tenía que sufrir.

Pasando muy cerca del huerto de Getsemani, subieron a la ciu-

dad y entrando en el cenáculo, dieron comienzo a la cena pascual sentados todos y ellos solos a la mesa. Y estaban ya sentados cuando con gran solemnidad el divino Maestro en presencia de las viandas pascuales les dijo;

—«Con gran deseo he deseado comer esta pascua con vosotros, antes de padecer. Porque os aseguro que desde ahora no volveré a comerla hasta que se cumpla en el Reino de Dios». Tomando uno de los panes y una de las copas se las sirvió a sus apóstoles. No era todavía este pan ni este cáliz que les sirvió, el de la Sagrada Eucaristía.

Al fin de la cena, el Salvador, deseoso de enseñarles la humildad con el ejemplo propio, y a fin de purificarlos más y más para la otra cena mucho más sublime que, sin saberlo ellos, les tenía preparada, procedió a una acción de las más sublimes de su vida. Refiérelo así San Juan: «Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y acabada la cena, cuando ya el diablo se había propuesto en su mente que Judas el hijo de Simón Iscariote le entregase, sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que de Dios había salido y a Dios iba, levántase de la cena, quítase los vestidos, y tomando un lienzo se lo ciñó. Enseguida echó agua en una jofaina y comenzó a lavar los pies de los apóstoles y a enjuagarlos con el lienzo de que estaba ceñido».

Ya el Maestro había lavado los pies de sus apóstoles. Ya estaba de nuevo sentado a la mesa el Salvador, cuando mirándole todos, tomó el Señor un pan de los que aun quedaban en la mesa, lo partió en pedazos y lo dió a sus apóstoles, diciendo: «Tomad y comed, este es mi cuerpo que

se da por vosotros. Haced esto en memoria mía. «Del mismo modo tomó enseguida un cáliz, dió gracias y se lo entregó diciendo: «Bebed de él todos, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento que por vosotros y por muchos será derramada para remisión de los pecados. Haced esto siempre que bebais en memoria mía» He ahí el momento más sublime y más patético de todos los de la vida de nuestro Redentor. Jesús, cuya mirada brillaba en el Cenáculo, eclipsando la luz de las antorchas, sin aparato, sin ruido, instituía la Sagrada Eucaristía, convirtiendo el pan en su propio cuerpo y el vino en su propia sangre.

He ahí el memorial de todas las obras admirables del Salvador; la Eucaristía, centro augusto de los sacramentos todos, canales de la gracia de la redención, abismo misterioso de donde brota la fuente misma de la gracia, prolongación y multiplicación de la presencia personal de Dios humanado en este valle de llantos y destierro, renovación del holocausto del Calvario, reincarnación del Verbo en cada uno de sus miembros místicos, supremo perfeccionamiento de la vida sobrenatural por medio de la unión más íntima y apretada que concebirse puede en este mundo entre Dios y el hombre, prenda de nuestra resurrección y final engrandecimiento, altísimo símbolo y honra del cristianismo.

¡De qué manera tan maravillosa combinó Jesús su omnipotencia, su amor y su providencia, que aunque se fuese, al mismo tiempo se quedase, y aunque estuviese en el Cielo disfrutando de la presencia de su Padre, estuviese también en la tierra disfrutando de la presencia de sus hijos!

¡Con qué sencillez realizó tan estupendo prodigio en la noche de la última cena!

A. S. B.



Gethsemani



Tredvalencia

El monte de las Olivas en la noche de aquel plenilunio de Marzo fué cráter de la Pasión, inicial y prólogo del volcán divino de amor a los hombres. El monte de las Olivas reflejaba en la luna del cielo el sol sacrosanto de nuestra Redención. Era una noche de primavera naciente y empezó a precipitarse el dolor, como lluvia de angustia, en los vapores de leche de la luna fría. Tuvieron sueño los Apóstoles, y el monte de las Olivas estaba dormido también; venció el sueño a la carne y a la tierra. Hubo silencio de sueño hasta la hora de la traición; después, la pesadilla infame despertó en sus zozobras las maquinaciones de la horda siniestra. ¡Luna llena de Marzo que iluminaba el monte de las Olivas de Gethsemani! ¡Luz que supo acariciar pasivamente traiciones crueles y agonías divinas!

La elocuencia mirífica de los Evangelistas describe, con su gráfica elegancia, en breve contexto, toda la agonía del Redentor orante.

Dice San Mateo: «Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, empezó a entristecerse y a acongojarse (coepit contristari et maestus esse). Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poquillo se postró sobre su rostro orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: mas no sea como yo quiero, sino como tú.»

San Marcos explica así el pasaje: «Y llevó consigo a Pedro y

a Santiago y a Juan: Y comenzó a atemorizarse y a angustiarse (coepit pavere et taedere). Y les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí y velad. Y habiéndose adelantado un poco, se postró en tierra y pedía que si pudiese ser pasara de él aquella hora. Y dijo: Abba Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz: mas no sea lo que yo quiero, sino que lo tú.»

Y San Lucas describe: «Y se apartó de ellos como un tiro de piedra y puesto de rodillas oraba, diciendo: Padre, si quieres traspasa de mí este cáliz: mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y le apareció un ángel del cielo que le confortaba. Y puesto en agonía oraba con mayor vehemencia (prolixius orabat). Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra.»

La luna, las olivas y el Monte contemplaron así la agonía del Redentor con su pasividad astral y telúrica; contemplaron la aflicción del Hijo de Dios en lo que tenía de humano, y su humildad, y su mansedumbre. Mientras, los Apóstoles se dejaron impeler de la inercia del sueño, débiles para velar. Y se acongojaba Jesús bebiendo el dolor a grandes tragos, y sorbía la angustia de su Pasión, y una zozobra de tristeza, y una amargura de vinagre deicida. Y la tierra que amamantaba las olivas se nutrió con aquel sudor divino de gotas de sangre.

Llegó, a poco, Judas, el traidor, diciendo:

—*Ave, Rabbi.*

Y fué su beso pegajoso y frío como cutis de rana y sus labios

estaban húmedos como impregnados de veneno de serpiente, como manchados de un rocío de noxa sepulcral de crimen.

En el beso de Judas estaba la salutación del mundo espúreo y demente; la mímica y la frase del egoísmo humano y de la hipocresía social; la maldad latente de la venalidad y del orgullo; la ironía suprema, la burla rastrera y sucia, el escarnio más repelente y asqueroso. En el beso de Judas estaba condensada la urdimbre logrera de las sociedades sin Dios; el núcleo, germen y médula del materialismo estúpido y del racionalismo loco; el pretense insulto de la célula, de la molécula y del número contra el espíritu; la adoración torpe del músculo y de la forma desnuda. En el beso de Judas estaba la traición y el engaño, la zancadilla y la usura, la insania y el dolo, la miseria y la iniquidad, la soberbia y la astucia, la degeneración y la torpeza, la aberración y el crimen.

Judas Iscariote, al acercarse a Jesús, holló con su zancada impura las gotas de aquel sudor de sangre que había sudado el Redentor en su agonía prolija. Por eso, cuando se colgó de la horca, iba ya manchado en cuerpo y alma con la sangre divina del Hijo de Dios.

* * *

¡Gethsemani! Orto y principio de la Pasión, lecho y escenario de la maquinación traidora... Luna llena de Marzo... Sudor de sangre de la agonía de Cristo bajo la sombra de las olivas. Y angustia, y congoja, y pavor de la humanidad de Jesús.

¡Gethsemaní! El Hijo de Dios ponía su facies en la tierra roja del Monte para despedirse de la tierra. Jesús amaba al hombre y a la tierra porque era de tierra la hechura del hombre. Y se angustiaba allí lo que el Hijo de Dios te-

de impotencia y de tibieza. También el mundo duerme así su sueño que siempre tiene un acre despertar. Dulcemente recriminó Jesús a sus discípulos dilectos, despertándoles la primera vez:

Vigilate et orate ut non intretis

Volvió después a orar, y a la vuelta los halló de nuevo dormidos. Y entonces, viendo a la luz de la luna que sus ojos estaban muy cargados, los dejó misericordiosamente sumidos en la debilidad de aquel sueño.



nía de tierra humana. Y un ángel del cielo bajó a confortar aquella tierra en la que se informaba el alma de Cristo por el amor del hombre.

¡Gethsemaní! Cama de tierra de los Apóstoles durmientes. Sueño

in tentationem. Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma.

El alma está pronta; la carne, empero, lo que es de célula y de molécula, está enferma porque es de tierra.

Y la tercera vez que volviera, empezó diciendo:

—*Dormid ya y descansad.*

Y terminó:

—*He aquí que se acerca el que ha de entregarme.*

CECILIO MUÑOZ FILLOL



Como la mies era mucha y los obreros pocos, determinó Jesús elegir a quienes habían de ser sus auxiliares principales en la cosecha de almas que, desde entonces, cuida la Iglesia con amorosa solicitud. Y al apuntar un día, doce discípulos humildes quedaron investidos de la dignidad de apóstoles, *enviados* del Señor; porque en su nombre habían de recorrer todo el haz de la Tierra, predicando la santa palabra, que es fuente de verdad y de vida. Entre los doce, estaba Judas Iscariote, *el mismo que le hizo traición*.

A partir de este pasaje del Evangelio, la figura de Judas se perfila, dentro de la magnífica sencillez del relato sagrado, con los caracteres que han hecho de este personaje del drama de la Pasión un símbolo de felonía.

En la Sinagoga de Cafarnaum, había pronunciado Jesús palabras sublimes, anticipo y promesa de la Eucaristía. La fe somera de muchos discípulos no supo ahondar en la profundidad de la promesa... «Y el pan que yo daré, es mi carne, la cual daré yo para la vida del mundo». La deserción mermó las filas de los seguidores de

Cristo... Y a la protesta de fidelidad, de Simón Pedro, ante la pregunta del Salvador: «¿Vosotros queréis también marcharos?», opuso Jesús una réplica firme, con una terrible alusión al apóstol que había de venderle: «¿Pues qué, no soy yo el que escogí a los doce, y con todo uno de vosotros es un diablo?».



Y fué Judas el que fingió sobresaltos de escándalo, hipócrita piedad hacia los pobres, cuando en casa de Simón el Leproso, María ungió los piés de Cristo con unguento de nardo, y los enjugó con sus cabellos. En más de trescientos denarios evaluó Judas, inclinado por su mal a toda clase de cotizaciones, aquel derroche de perfume que embalsamó el cuerpo del Señor para el día de su sepultura.

La traición se acercaba... «¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?» Y con treinta siclos de plata quedó satisfecha la codicia del Iscariote. «No todos estáis limpios»—pudo decir Jesús—: «uno que come el pan conmigo levantará contra mí su calcañar.»

«¿Soy yo, Señor?»—preguntaban los apóstoles entristecidos por la turbación del Maestro.—El cinismo de Judas llegó a inquirir también: «¿Soy yo?»... Poco después, salía del Cenáculo, dando tinieblas a la noche la negrura de su conciencia.

Luego de la institución del sacrificio incruento, en la oración sacerdotal, el nombre del traidor sonó, sin oirse, en los labios

divinos: «Guardado he a los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición».

Y llega la oración de Getsemaní. Los sudores de sangre, el cáliz de agonía. Y la pregunta sublime y mansa: «Amigo, ¿a qué has venido?» «¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»

Y ya de madrugada, condenado Jesús a muerte por el Sanedrín, Judas, más desesperado que arrepentido, quiso desandar su camino de condenación. Clamaba su desesperación, no su arrepentimiento: «He pecado, entregando la sangre inocente». Los siclos de plata rodaron por el suelo del Templo.

Judas, el Apóstol, el que selló el rostro de Cristo con la frialdad de un beso infame, se colgó de una cuerda; nadie pronunció después su nombre, sin acentos de maldición. El cuerpo del ahorcado cayó de cabeza, y reventó manchando su sangre negra el suelo, y desparramando sus entrañas.

ANTONIO MARTIN-PEÑASCO



MANDAMIENTO

DE AMOR

Como Dios sabía que todos los males y desgracias que habían de pesar sobre la humanidad provendrían del odio entre los hombres, por sus rivalidades en alcanzar grandezas y supremacía del poder, dióles ya, en su Ley Natural, el mandamiento de amarse unos a otros como así mismos. Pero bien pronto el espíritu del mal borró del corazón de los hombres el divino precepto, sustituyéndolo por el de un odio satánico.

Más tarde, el Angel del Señor se aparece a Moisés, legislador del pueblo de Israel, en el monte Sinaí (como sabían nuestros niños antaño y ya lo van aprendiendo los de hoy), entre llamas, relámpagos y truenos, haciéndole entrega de las célebres Tablas de la Ley: «Amarás a tu Dios y Señor con todo tu corazón...; no tendrás otro Dios ni adorarás a los ídolos del mundo...; amarás a tu prójimo como a tí mismo...» También la acción demoledora de las pasiones echó por tierra el divino mandamiento, sin el cual no es posible la paz de los pueblos.

Y, por fin, en el reloj de la Trinidad Beatísima suena la hora de la ansiada encarnación de su Verbo, del Hijo, y a lo largo de la predicación de su doctrina y de sus portentosos milagros, prueba patente de su divinidad, de que «había sido enviado por el Padre», no deja de instarnos, una y otra vez, con sus más dulces acentos, al cumplimiento de tan santo mandamiento de amor. Y donde adquiere su máxima fulguración, Sinaí incendiado en llamas de amor, es en la tarde memorable del Jueves Santo, próxi-

mo a beber el amarguísimo cáliz de su Pasión, antes de partir para el Padre, tarde de los grandes misterios y deliquios divinos, en la que formuló su Testamento, Testamento de la Nueva Ley de Gracia ante sus amadísimos discípulos, en su último coloquio con ellos...

El evangelista San Juan nos narra la sublime escena, con un estilo, belleza y concisión jamás igualados por pluma humana, que parece de hoy por la frescura y lozanía de sus páginas, como escritas para todos los tiempos, por ser la auténtica palabra de Cristo:

«Acabada la cena, (la cena legal y antes de la institución del Sacramento de su Cuerpo y Sangre), cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas el designio de entregarle; Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, a Dios volvía, levántase de la mesa, y quítase sus vestidos, y habiendo tomado una toalla, se la ciñó. Echa después agua en un lebrillo, y pónese a lavar los pies a sus discípulos, y a enjuagarlos con la toalla que se había ceñido.»

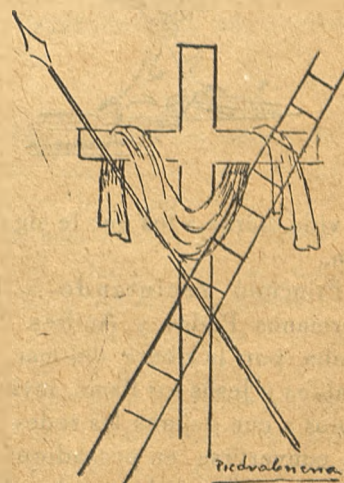
—¿Comprendéis bien lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, que soy el Maestro y Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que, lo que he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también. En verdad, en verdad os di-

go, que no es el siervo más que su amo; ni tampoco el enviado mayor que aquel que le envió... Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados como las practiquéis... En verdad, en verdad os digo, que quien recibe al que yo enviare, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a aquél que me ha enviado.»

—«Un nuevo mandato os doy, y es, QUE OS AMEIS UNOS A OTROS COMO YO OS HE AMADO. Conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros.»

¡Oh cuánta insistencia en este mandamiento de amor, porque ahí está la piedra de toque, en que nos amemos como Tú, divino Jesús, nos amaste hasta el fin de tu vida mortal, y como nos sigues amando en tu Sacratísima Humanidad Sacramentada hasta el fin de los siglos! ¡Ojalá que nosotros practiquemos tan Soberano mandato para que podamos llamarnos en verdad de verdad discípulos tuyos!

L. ARIAS.



IMPRENTA «LA UNION»

SEBASTIAN BERMEJO, 18

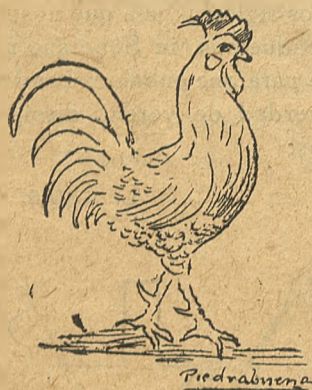
VALDEPEÑAS

LA REVOLUCION

CRISTIANA

De todas las revoluciones conocidas, ninguna hay que haya modificado tan profundamente los fundamentos de la sociedad como la cristiana. Ninguna se extendió en tan corto tiempo ni penetró tan hondamente en el alma de las multitudes. Nadie como el Rabí Jesús hizo mayor número de prosélitos con sus predicaciones.

No buscó poderosos para que le ayudaran, porque no ofreció nunca cosas materiales, ni reclutó guerreros, porque no eran las armas su medio de conquista. Buscaba a los humildes, y combatía con su dulce palabra, ofreciendo



la vida eterna a los que le siguiesen.

Principió reclutando a los hermanos Pedro y Andrés. Paseaba por la ribera del mar de Galilea y Jesús los llamó, invitándolos a que dejaran las redes para convertirse en pescadores de hombres. Siguió buscando otros discípulos y llamó a Santiago y su hermano Juan, pescadores también, y así, reunió hasta doce pescadores de almas, que no eran sabios, ni poderosos, ni guerreros, pero sí almas sencillas, almas nobles, armados de una fe inex-

tinguible y poseídos de aquella sublime audacia de conquistadores de hombres que les inculcó el Divino Maestro.

En poco tiempo, llegó a seguir a Jesús una gran muchedumbre, y desde la tribuna de una montaña habló a aquellas gentes seducidas por sus curaciones milagrosas y la divinidad de su doctrina. Todos lo confesaban a voces hijo de Dios. Pero él mandaba a los curados que no lo manifestasen, para que se cumplieran las palabras del profeta: «Ved aquí a mi siervo, a quien yo tengo elegido... Pondré sobre él mi espíritu, y anunciaré la justicia a las naciones. No contendrá con nadie, no voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas. No quebrará la caña cascada, ni acabará de apagar la mecha que aun humea, hasta que haga triunfar la justicia; y en su nombre pondrán las naciones la esperanza.»

Oid como habló en la Montaña:

«Bienaventurados los *pobres de espíritu*». Es decir, los que no poseyendo riquezas no las desean, y los que teniéndolas no se apegan a ellas, y los pobres verdaderos que no se quejan de su pobreza, «porque de ellos es el reino de los cielos.»

«Bienaventurados *los mansos y humildes*» (aquellos que teniendo un corazón apasionado e impetuoso saben vencerse y dominarse a sí mismos).

«Bienaventurados *los que lloran; Los que tienen hambre y sed de justicia; los misericordiosos; los limpios de corazón; los pacíficos; los que padecen persecuciones por la justicia*. Todos ellos verán a Dios.

Y luego oímos lo que nos dice San Lucas:

«Mas ¡ay de vosotros los *ricos!* porque ya teneis vuestro consuelo en este mundo. ¡Ay de vosotros los que andais *hartos!* porque sufrireis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora *reís!* porque día vendrá en que os lamentareis y llorareis. ¡Ay de vosotros cuando los hombres (mundanos) os *aplaudieren!* Que así lo hacían sus padres con los falsos profetas.»

Más adelante, Jesús da instrucciones a sus discípulos:

«No lleveis oro, ni plata, ni di-



«nero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, ni tampoco palo u otra arma para defenderos, porque el que trabaja merece que le sustenten.»

«No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo. Baste al discípulo el ser tratado como su maestro, y al criado como su amo.»

«Nada temais a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno.»

«Y quien no carga con su cruz
y me sigue, no es digno de mí.
«Quien a *costa de su alma* con-
serva su vida, la perderá; y quien
perdiere su vida por amor mío,
la volverá a hallar.»

* * *

Fué Silas uno de los príncipes de los sacerdotes el que anunció su gran temor al Pretor Pilatos.

El Rabí Jesús significaba un grave riesgo para el César y el poder de Roma. Había hecho su entrada en Jerusalén en medio de un inmenso gentío. Las muche-

opinión de Pilatos. Precisamente, para Silas, la fuerza de Jesús, su poder revolucionario, estaba en su bondad y en la dulzura de sus palabras, que se clavaban como flechas en el corazón de sus oyentes. Ensalzaba a los humildes, daba salud a los enfermos, y como les había prometido la Vida Eterna, el pueblo, embaucado, sentía por él los mayores entusiasmos. Vedle sino a la entrada de Jerusalén, recibiendo a su Maestro con palmas, y con flores y ramos de olivo, y arrojando sus



dumbres creían en su magia y una sola de sus palabras podía incendiar a toda Judea en un instante.

Pero Pilatos, con la sonrisa del poderoso que ve a su enemigo débil y despreciable, no prestó mucho crédito a las palabras de su confidente y amigo. Jesús de Nazaret no era temible, ni digno del odio que le profesaban, y el Pretor había oído alabar su dulzura y bondad.

Silas, que estaba alarmado porque había visto la apoteósica entrada de Jesús, no compartía la

túnicas y vestiduras a su paso.

Si no se veía de momento amenazado el poder material de Roma por aquel que había visto entrar en Jerusalén sobre una humilde caballería, sí le alarmaba a Silas la facilidad con que hacía prosélitos. No llevaba casco ni espada de guerrero, pero se llevaba tras de sí a las multitudes, que creían en él con fe inextinguible, porque ya había dicho Jesús: «Si puedes creer, al que cree *todo es posible*».

La mujer de Pilatos creía en

Jesús, y sin embargo de creerlo justo, Pilatos cedió a las incitaciones de Silas y de la plebe, y Jesús, el dulce Rabí de Galilea murió crucificado por rebelde, por intentar minar el poder del César.

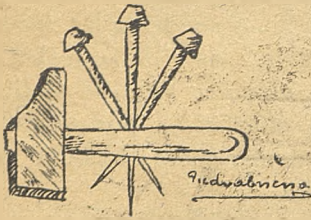
* * *

Como se temía Silas el miserable, volvió a ser aclamado Jesús por las multitudes de toda la Tierra. Los doce Apóstoles extendieron su Doctrina con tal rapidez, que llegó pronto a la ciudad de los Césares. Primero en la sombra, en las catacumbas, y luego sobre todo el mundo conocido. Con el sagrado símbolo de la Cruz, donde expiró el Maestro por su santa rebelión, el Emperador Constantino tiene su signo de victoria. En el velamen de las carabelas de Colón fué hélice gloriosa que transportó la fe de los españoles a un mundo desconocido, y en su vertiginosa carrera, aquellos misioneros que la llevaban como signo de redención, iluminaron las frentes de millones de indígenas, y otros tantos millones de ídolos se hundieron en el barro de sus pies destrozándose en conmoción terrible.

* * *

Han pasado los años y los siglos. Inútilmente las tinieblas del mal se han vuelto a concitar una vez más contra la Doctrina de aquel Dulce Rabí de Galilea. Aquella revolución Cristiana, se basa en los principios inmutables de la Verdad Eterna. Es inútil querer que desaparezca. Inútil arrasar los templos y asesinar a los cristianos. Es tal el poder de difusión de la Doctrina de Jesús, que aunque sólo existieran doce humildes pescadores de hombres, volvería de nuevo a renacer pujante, pues para aquel que cree *todo es posible*.

ANSELMO MARTIN-PEÑASCO



ECCE HOMO



El que sacó los mundos de la nada;
el que prendió en el cielo las estrellas;
el que alumbró las fuentes de la vida
y levantó las cumbres de las sierras.
El que tendió el zafiro de los mares
e hizo blancas las hojas de azucena...
El que encendió del sol la llamarada,
bajó un día a la tierra.
Escondió sus bellezas infinitas
en la carne de Adán, sucia y enferma,
con locura de amor que no comprende
del débil hombre la razón pequeña.
Habitó en las moradas de los hombres
hundidos en sus vicios y querellas,
y lo clavó el dolor de verlos siempre
andar por malas sendas.
Anduvo derramando su doctrina
como un rastro de perlas
engarzadas en oro de milagros
que florecieron con su luz la tierra.
Y cruzó por el mundo con la fría
incomprensión por triste compañera,
y deshojó su vida, bella y única,
abrasada en amor como una ofrenda...
Y un día... Fué Caifás duro y fanático,
Anás el marrullero, y la vileza
de Judas el traidor, quien lo llevaron
a Pilatos que inicia la tragedia
mandando flagelar aquella carne
que ni a tocarla un Angel se atreviera...
Después fué la barbarie de la altiva
Roma cuya insolente soldadesca,
por distraer sus ocios, coronó
con punzantes espinas su cabeza;
puso en sus puros hombros lacerados
una clámide vieja
y una caña, cual cetro, en la armonía
de sus manos de cera...



Y lo burló y escarneció, cual nunca
se ha escarnecido a un hombre y su grandeza.

Y así lo mostró al pueblo, alborotado
ya por el Sanedrín, la innoble y cierta
cobardía de aquel Poncio Pilato
que sentenció pisando su conciencia...
«-Ved al Hombre-» ...Y aquel Hombre llagado,
burlado, escarnecido, que la ciega
soberbia de los hombres destrozaba
y pisaba con saña y con fiereza,
era el que dió su ruta a los luceros
y de la nada hizo surgir la tierra.

PEPITA TOLEDO DE LOZANO.

Bajo el tul de la neblina
que se esparce y difumina
desde el cenit al ocaso,
la primera golondrina
tiende sus alas de raso.

Golondrinas

etc etc

Detrás vienen otras mil
veloces cual la primera,
porque se avecina Abril
y les aguarda el añil
dosel de la Primavera.

Pero han oído un clamor
y el redoble de un tambor,
y desde la altura han visto
a la chusma en derredor
de un reo a quien llaman Cristo:

Hombre rubio y demacrado;
con un madero cargado
y una corona punzante,
que transido y ultrajado
lleva el peso vacilante...

Hasta que llega a caer,
y, entonces, nadie le ampara,
solo la buena mujer
que le ha dado de beber
y le ha limpiado la cara!

Sobre el cuerpo flagelado
restallan las disciplinas;
sufre y llora el Sentenciado...
¡pero ya va acompañado
del bando de golondrinas!

.....
.....

¡Golondrina, golondrina,
tu diste a Cristo consuelo
al arrancarle la espina,
y El, santificó tu vuelo
con la cualidad divina
de no posarte en el suelo!...

JOSÉ VICENTE.

Caminero del Calvario

Los bordes del madero ignominioso
se ciñen en el Hombro sacrosanto,
del Mártir inocente y humildoso,
del Dios tres veces Inmortal y Santo.

Diadema de ludibrio punzadora
que tejió el odio, e instuyó el rencor,
el nardo de la frente Redentora
tiñe en sangre al Divino Sembrador.

Sus labios amorata la sed fuerte,
El leño, enorme, de peso agobiante,
riega de gotas de sudor de muerte
la cara del celeste Caminante.

Por abruptos senderos pedregosos
va, con vil cuerda de su cuello uncida,
Aquel de los milagros portentosos
que la paz y el perdón sembró en la vida.

La turba ruge en jubiloso alarde
porque a tierra ha venido el Nazareno,
y en criminal clamor y voces, arde
destilando en demuestos su veneno.

No hay ni quejas ni frases de venganzas
en quien volvió al leproso la salud.
Ostigado con látigos y lanzas,
le obligan a que vuelva a alzar la Cruz...

Las fuerzas le abandonan y declina.
La chusma hirviendo en odio le espolea,
mientras asciende ya la comba pina
del Calvario, el Apóstol de Judea.

Manan sangre las plantas celestiales
de sus pies, fatigándole la escala.



Quien dió fecundo grano a los trigales,
Aquel que ungió María de Magdala,
va, jadeante, a la cumbre deicida,
rindiendo entre tormentos soberanos
el sin par holocausto de su Vida
del pueblo que gritóle «¡Hosanna!» a manos.

DOLORES MARIN.

PADRE PERDONALOS



«Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt». (Lucas, cap. XXIII, v. 34)

En la cúspide de aquel lugar llamado Calavera, en el vértice pino del Calvario, en la cumbre mística del Gólgota, el árbol sacro de nuestra Redención nos abraza extendiendo sus ramas en la Cruz. Es el escalón último de la escala del cielo. La humanidad, para salvarse, ha de pasar por allí, confluyendo en el Calvario sus direcciones y sus tendencias; fijando en el Calvario sus ansias de renunciación y de sacrificio; estableciendo en el Calvario su anhelo, principio y pórtico de la

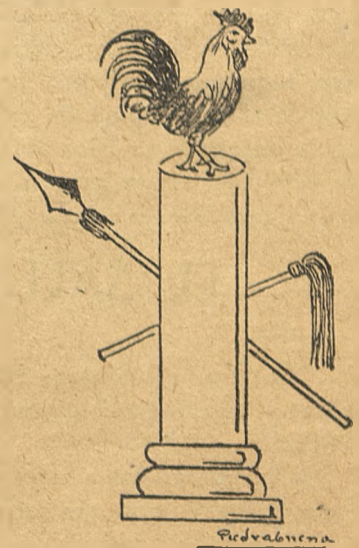
eternidad cuyo umbral es la Cruz. Aspero y angosto es el sendero y amarguras de hiel tiene el camino; angustias, irrisiones y befas en la vía sacra; escarnios y torturas en la carretera de la gloria. Pero en la cumbre, sobre el horizonte, traza la Cruz el signo prócer de la eternidad. En la Cruz de la cumbre plasma el dolor la magnitud de su nobleza; es el dolor, corona y rúbrica de la Santidad, saludo y holocausto, médula y síntesis del amor divino. Morder la pulpa magna del dolor significa abrir el umbral de la gloria con la llave sagrada de la Cruz.

Pero el dolor del Calvario se expande por la tierra como bálsamo de caridad, como humos perfumados de amor al hombre miserable. El dolor en la Cruz toma la investidura suprema de la misericordia. Jesús, que va a entregar su vida para redimir las miserias del hombre miserable, exclama en súplica de amor sus ansias infinitas de caridad:

—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Son palabras que expresan toda la elocuencia de la divinidad. Suplican perdón para las miserias del hombre miserable, para sus errores y para sus lacras, para sus torpezas y para sus perversiones; suplican perdón para sus rutas protervas y para sus instintos menguados, para sus insanias y

para sus demencias, para sus ofuscaciones y para sus crímenes; suplican perdón para sus escarnios y para sus maldades, para sus pasiones enfermas, para sus apegos pestilenciales, para sus odios, para sus deseos, para sus delirios. Son el brote de la piedad que aniquila y sepulta desde la Cruz la serpiente siniestra de la venganza; son las flores del amor divino desgajadas por el Hijo de Dios para arrojar sus pétalos, y que inflamen, como lluvia de fue-



go, los corazones fríos de las hordas que lo crucifican...

El profeta Oseas, en su matrimonio con la fornicaria, llamó a su hija *Absque Misericordia* y *Non Populus meus* a su hijo, cumpliendo la palabra de Dios; *Absque Mise-*

ricordia, que tiene aspereza rígida de granito rugoso e inclemente y gelidez angustiosa de nieve perpetua. *Absque Misericordia*, tono, faz y matiz de almas deicidas. *Non Populus meus*, declaración de pueblo espúreo y de retoño errante, acusación de bastardía, de impureza, de repulsión y de desdén. *Non Populus meus*, y *Absque Misericordia*, fórmula y cifra, divisa y definición de la pobre y miserable humanidad deicida.

Más adelante dice de nuevo el profeta Oseas:

«Dicite fratribus vestris: Populus meus: et sorori vestrae, Misericordiam consecuta».

Y añade, después:

«Et miserebor eius quae fuit Absque Misericordia.»

«Et dicam Non Populus meus: Populus meus es tu: et ipse dicet: Deus meus es tu.»

Se han cambiado los nombres de aquellos hijos que el profeta Oseas concibiera de la fornicaria: el que no era *Mi Pueblo* vuelve a ser *Mi Pueblo* y la que era *Sin Misericordia* vuelve a adquirir, redivivo, su precioso atributo.

Allá en el vértice pino del Calvario la majestad de Dios en la Cruz señala la divina ruta de la

Redención a *Su Pueblo*; la ruta de la Redención, a la que dan sombra, contra los calores del siglo, los árboles frondosos de la *Misericordia conseguida*.

que surge del martirio, y la benignidad que brota de la angustia.

—Padre, perdónalos...

Estas palabras que Jesucristo



Son la bondad, la caridad, el amor, que derraman su crátera divina desde el lugar llamado de la Calavera; es la piedad que emerge del dolor, y la benevolencia

dice cuando lo crucifican son la consagración de la misericordia.

RAMIRO MUNDA

EL SALUDO EN LAS PROCESIONES

Ha llegado la Semana Santa, la época del año en que más abundan las procesiones. Largas filas de hombres y mujeres se colocarán a lo largo de las aceras para ver el desfile de las cofradías y los pasos de la Pasión.

¡Ojalá no asistan a estas ceremonias de la Iglesia con el espíritu que se va a una fiesta verbenera o a una excursión a lugares señalados por las rutas de turismo!

Y se dará el caso de que al llegar una imagen de Cristo crucificado, una bandera u otras insignias parroquiales, frente al espectador, éste no sabrá que hacer o hará lo que no debe; no por falta de buena voluntad, sino por ignorar los saludos y reverencias que deben hacerse a las Sagradas imágenes y que ordinariamente consiste en descubrirse y hacer una inclinación de cabeza. A esto puede unirse el santiguarse y rezar una jaculatoria en voz baja. Dentro de los Templos no se levanta el brazo. En las procesiones tampoco a no ser que en ellas vayan las banderas nacionales o alguna autoridad que tenga derecho al saludo nacional, cuyo saludo está explícitamente determinado en la legislación del Estado, a quienes se le ha de hacer, cuándo y cómo, siendo un acto de ciudadanía y de amor a la Patria redimida, hacerlo con marcialidad y respeto.



J. Pedraza

La tarde se inclina y al pie del Madero
la Virgen con perlas baña sus mejillas;
(—harijas de llanto que enciende un lucero
para contemplarla sola y de rodillas.—)

Una pena inmensa le cruza las manos,
con ansia implorante de ahogados gemidos;
sus dedos se enlazan en los sobrehumanos
pesares del mundo por él difundidos.

El cielo reviste de intensa agonía
la excelsa tortura que hay en su mirada,
y porque la angustia ya no le cabía
y se desbordaba...

Se cubrió de sombras y de tempestades
poniendo en el alma toda desventura;
(—En el abandono de las soledades
rezaba la Virgen su gran amargura.—)

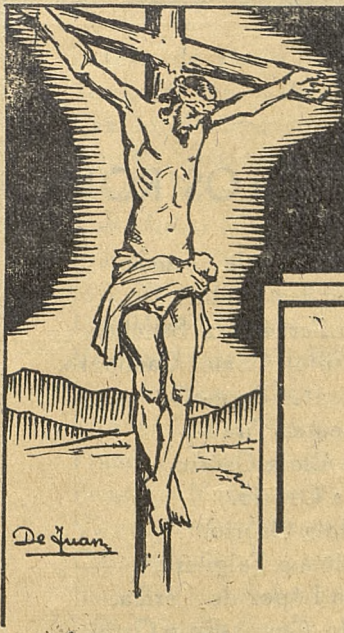
Desmayada y pálida descende la hora;
poniendo latidos de extraño rumor,
y solo la Virgen su llanto desflora,
diciendo en sollozos:—«¿No me oyes Señor?»—

Su frente abatida la surca el tormento
y un rictus de angustia su boca ha plegado;
(—apurando el cáliz de su sufrimiento
en la Cruz del Hijo su vida ha grabado.—)



.....
Madre de las Madres que agobió la Pena
haz que entre las zarzas de este caminar
en el que la muerte de luto nos llena
que aquí en tus dolores sepamos llorar.

A. R.



CONSUMMATUM EST



El amor ha volcado toda la grandeza de las humillaciones en la Divina Humanidad de Jesucristo. Del arcano insondable de su corazón va a volar el alma porque «Todo está terminado».

Ya el silencio ha sucedido al golpear de los martillos y adquieren los miembros resplandores de transfiguración, con la cruz que se clava en la hondura de la inmortalidad. Las aves acuestan sus bandadas de alas y suspenden las voces sus salmodias de queja para que en el altar de la Montaña yerma, triture la muerte sus retazos de día.

¡Consummatum est! Ha concluido el Maestro su jornada de Desvelos. Todo lo ha hecho para atraernos y para salvarnos. Caminar de puerta en puerta pidiendo voluntades que crean en sus trozos de gloria. Vigilar nuestras vacilaciones para que descansen nuestras inquietudes y limar los hierros de nuestras pasiones con la suave violencia de sus Evangelios y de sus milagros. Y cuando ha arado con su ejemplo y con su palabra la tosca tierra de los entendimientos... cuando con el vino generoso de su sangre regó la soledad de Getsemani para que florecieran tiempos de compasión junto al caído... Cuando el grito de la infidelidad se torna en Pedro en yunque de fortaleza por la sola dulzura de su mi-

rada... Cuando ha subido la loma del Calvario y nos enseña en sus caídas a levantarnos cada vez más cerca de la cumbre, Jesús dice: «¡Consummatum est!»

Todo está terminado para esos Judíos soberbios que dejan resbalar por la roca dura de sus corazones la brasa viva de su Doctrina; que cierran los ojos a la claridad de su Revelación, y que ante el Tabor maravilloso de la misericordia, no quieren doblar la cerviz de sus aberraciones. Todo está terminado para los Judas que le venden, para los mercaderes que trafican, para los egoístas que le niegan, para los cobardes que no le defienden, y para los hipócritas que abusan de su nombre para engañar a sus semejantes.

Y por más que las murallas de Jerusalén se desgasten por el continuo gotear de las lágrimas, para éstos resonarán perdurables las tristes palabras de Dios: «Fui a vosotros y no me conocisteis». «Quise daros la paz y no me escuchasteis». «Por el bien que os hice, me tallásteis en la tabla de la crucifixión. Ya no puedo hacer más. ¡Consummatum est!»

Parece que el Gólgota entre la bruma de la tarde que humea, es un molino en el que Cristo ha maquilado con las astas radiantes de la Cruz, la muerte y el materialismo convirtiendo en pan bendito y oloroso de vida la promesa espiritual de las alturas.

Está Jesús en medio del bien y del mal. Entre la sencillez del arrepentimiento que confiesa su fe para robarle una entrada a la Paz eterna y la desesperación que rompe la armonía augusta del saber sufrir. Pasa el aire nimbando de luz la frente punzada de espino y en los hilos de sangre que le calientan las mejillas,

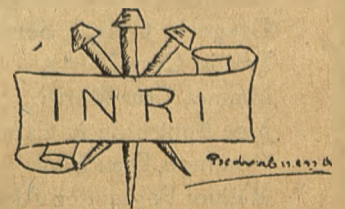
el beso del silencio le hurta latidos al atormentado Corazón.

Los brazos interrogantes de la Madre, reclaman al Hijo para arrullarlo con los suspiros ardientes de su cariño. Y la confianza de Juan permanece intacta, a pesar de todo, en la esfera de su amor. Junto a ellos la piedad de las mujeres que lloran, obligan al Señor a explicar el fin de la tragedia.

«¡ Todo está terminado!» Para éstos no es la voluntad de Cristo epílogo de tinieblas. Es remate de luchas y descanso y quietud. Es acabamiento de tribulaciones y de miserias. Porque después que la esponja ha exprimido el ácido zumo de los oprobios en el lirio de sus labios que sienten sed de almas, el Salvador no tiene nada que hacer ya. Ha concluido el molde de la caridad en el abrazo abierto que apunta todos los confines.

Y por fin... Antes de cerrar sus pupilas, a la realidad humana que por bajarlo lo ha subido a su Mansión de Dios, enciende llamaradas de esperanza con el Consummatum est de sus consuecos, a los que han vislumbrado que después de los sacrificios y de la pobreza, vendrá el gozo azul, por las venas triunfantes de las aeluyas.

ANGELITA RODERO



OFRENDA ETERNA

TRIUNFARON EN EL SEÑOR, ASESINADOS POR LOS ROJOS

Domingo Chacón Bellón.
José García Carpintero.
Juan Pedro García-Sotoca Marqués.
Jesús Gigante Ruiz.
Manuel Maroto Sánchez.
Anibal Sánchez Toledo.
Raimundo Caro-Patón Velasco.
Ricardo Carrasco Vasallo.
Ignacio Caravantes López.
José Luis Fadil España.
José Benavides Bargas.
Manuel Rubio Gómez.
Alfonso Caro-Patón Merlo Córdoba.
Francisco Agea Sierra.
Casimiro Aguilar Corrales.
Julián Antonaya Maroto.
Liborio Antonaya Maroto.
José Arias Asensi.
Manuel Arias Asensi.
José María Asensi Gasquez.
Juan Ramón Astasio Quintana.
Elías Barahona Algar.
Juan José Barba Merlo.
Escolástico Barrios Muñoz.
Antonio García Bautista.
Lorenzo Bautista González.
Arturo Bernabeu Morales.
José María Blanco Serrano.
Armando Camacho Salas.
José Ramón Caminero Ferreyol.
Saturnino Candelas Cámara.
Manuel Caro-Patón Merlo Córdoba.
Antonio Caro-Patón Velasco.
Jesús Carrasco Díaz.
Antonio Castellanos Navarro.
Alfonso Castell García-Rabadán.
Patricio Cejudo Maroto.
Luis Cornejo Maroto.
Gabriel Cornejo Márquez.
Gregorio Crespo Serrano.
Emilio Cruz Merlo.
Manuel Cruz Merlo.
José Benito de la Caballería.
Domingo Díaz León.
Manuel Fernández Alcaide.

Vicente Fernández de Guzmán.
Manuel Fernández Puebla.
José Antonio Fernández Sánchez.
Emilio Luis Fillol Gómez Caminero.
Fernando Fuentes Bermejo.
Fernando Fuentes Tirado.
Fernando de Elola Osorio.
Luis de Elola Osorio.
Ramón de Elola Osorio.
Aniano Escribano Felguera.
Manuel Galán López de Lerma.
Hermenegildo García-Rojo García.
José Gómez Albert.
Joaquín González Crespo.
Jesús González Gualo.
José González Alcaraz.
Francisco de Gregorio Gómez.
Juan de Gregorio Gómez.
Valentín Hurtado Díaz.
Emilio Leal Llanos.
Isidro Leal Llanos.
Juan Miguel López Cámara.
Miguel López de Lerma Madrid.
Antonio López de Lerma Moreno.
Luis López de Lerma Moreno.
Pedro López-Tello Merlo.
Aurelio López-Tello López-Tello.
Eugenio López-Tello López-Tello.
Luis López-Tello López-Tello.
Manuel López-Tello López-Tello.
Pedro López-Tello López-Tello.
Angel Madrid Fernández.
Gregorio Madrid García.
Vicente Madrid Laguna.
Canuto Marqués Rodríguez.
Manuel Martín Alcaide.
Francisco Martín Bernalte.
Bonifacio Martín Cámara.
José Ramón Martín Cámara.
Eugenio Megía Galán.
Crispulo Megía Martín.
Manuel Megía Rodero.
Angel Megía Rubio.
Luis Megía Rubio.
Eugenio Merlo Calero.

Ernesto de Merlo Presedo.
Tomás de Merlo Presedo.
Cándido Molero Corrales.
Agustín Mora Ortega.
Aurelio Morales Muñoz.
Juan Muñoz Abad.
Francisco Muñoz Muñoz.
José María Maroto Hurtado.
José Martín Giménez.
Vicente Moreno Crespo.
Joaquín Megía Galán.
Manuel Megía Galán.
Francisco Megía Sánchez.
Federico Múñez Ruiz.
Vicente Navarro Barrios.
Ciriaco Palacios García.
Juan Antonio Palacios García.
José Palacios García.
Enrique Pardo Camarero.
Julián Peñalver Patón.
Manuel Peñalver Patón.
Faustino Pedregal García.
Jaime Pérez Fillol.
Nicasio Pérez Galán.
Pedro Pérez Martín.
Juan Francisco Pintado Ruiz.
Julián Regatero García.
Juan Rodero Megía.
Sebastián Rodero Megía.
Pascual Romero Martín.
Rafael Romero Ruiz.
Tomás Romero Ruiz.
Sandalio Ruiz Galán.
Francisco Ruiz Caminero.
Vicente Ruiz Carrasco.
Félix Ruiz de León Donado.
Victoriano Ruiz López-Tello.
Lorenzo Ruiz Pérez.
Julián Ruiz Olivares Peñasco.
Julián Ruiz Olivares Torres.
Joaquín Ruiz Lérida.
Francisco Aguilar Corrales.

Tomás Ruiz Sánchez.
José Ruiz Serrano.
Juan Ruiz Cejudo.
Delfín Sánchez Caminero.
Antonio Sánchez Corredera.
Agustín Sánchez Barba Cruz.
Alfonso Sánchez Sánchez.
Leocadio Sánchez Giménez.
Anibal Sánchez Giménez.
Félix Sánchez Maroto.
Gregorio Sánchez Molina.
Juan Sánchez Prieto.
Carlos Sánchez Santamaría.
Francisco Santa María Recuero.
Juan José Serrano Molina.
Ignacio Tarancón Cejudo.
José Tarancón Rodero.
Gonzalo Villegas Bermúdez.
Carmelo Verdejo Cámara.
Antonio Palacios Caravantes.
José Merlo Calero.
Adolfo Rodero Ruiz.
Adrián Merlo Ruiz.
Andrés Rodríguez Alvarez.
Antonio Arrieta Soler.
Clemente Rodero Ruiz.
Carmelo Madrid Sánchez.
Emilio Benítez.
Fernando Martín Peñasco Molina.
Francisco Arrieta Soler.
Gabriel Ramírez León.
Juan Antonio Delgado Torres.
Juan Miguel Cámara Delgado.
José Luis Pérez Uribe Larrea.
León Antonaya Madrid.
Miguel Abad Rodríguez.
Pedro León León.
Ramón Caravantes López.
Segundo Herrera Gutiérrez.
Vicente Díaz Araque.
Pedro Sánchez Merlo.
Agustín Juan Gómez Hornos.





Verdaderamente era hijo de Dios

Ha llegado el tiempo de cumplirse lo que los Profetas, divinamente inspirados, habían anunciado. Judas había vendido ya a su Maestro. Pilatos se había lavado sus manos sacrílegas, protestando inocencia. El Maestro es entregado a la vil soldadesca, y, como un malhechor, conduciéndole con la Cruz a cuestas hacia la montaña del Calvario. Oleadas de gente suben, como mar alborotado, por las vertientes de aquella montaña para ver crucificar al que tres días antes habían recibido con exclamaciones de ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! El mundo va a presenciar el espectáculo más grandioso y sublime de todos los tiempos. En aquella montaña, que domina a la Jerusalén deicida, va a tener lugar el drama más sangriento que registra la Historia del Universo.

Clavada en una cruz, agoniza la misma inocencia inmaculada, el amado del Padre, el mis-

mo Hijo de Dios. Sobre el patíbulo han puesto la inscripción que corresponde a su naturaleza de Rey: *Jesús Nazarenus Rex Judaeorum*. Una inmensa muchedumbre fluctúa a los pies del crucificado, lanzando los insultos más insolentes y las blasfemias

más groseras que jamás oyera la Judea. *No queremos que este sea nuestro Rey*, decían. *No tenemos más rey que el César*. Densas tinieblas cubrían, como de negro y fúnebre crespón, el Calvario y la tierra toda. María se acerca a la Cruz y oye que su hijo pide al

Padre perdón para sus enemigos; y aquellas palabras, las más sublimes que hasta

entonces oyeran los hombres, y que revelan la grandeza del corazón de un Dios, repercuten en el corazón de la Virgen, y exclama con voz tiernísima: «Yo los perdono también». ¿Puede darse una generosidad tan grande, un amor tan inmenso, un perdón tan sublime que salga de un corazón que no sea el del Hijo de Dios?

Sí, Jesucristo *verdaderamente era Hijo de Dios*.

Seguid, paso a paso, todas las fases de la vida de Cristo, desde el pesebre de Belén, hasta el monte Calvario, y veréis cómo sus palabras, sus obras, su vida y su muerte dan testimonio de que es verdadero Dios.

JESUCRISTO HABLO COMO DIOS, y dijo: *mi Padre y Yo somos una misma cosa... (Joan X) Quien*





me ve a Mi ve también a mi Padre. (Joan XIV) *El Hijo del Hombre que ha descendido del cielo está en el cielo.* (Joan III), con lo cual declaró que las perfecciones de Dios eran esencialmente suyas. Y preguntado ante el tribunal de Caifás, contestó con voz solemne: *Sí, tú lo has dicho: Yo soy el Hijo de Dios vivo...* (Mat. XXVI).

JESUCRISTO OBRO COMO DIOS, y su divinidad la confirmó con milagros. Los cielos y la tierra, y el mar y el viento, las enfermedades, la vida y la muerte obedecieron su voz; y a los ciegos les dió vista; a los sordos, oído; a los paralíticos, movimiento; a la muerte le arrancó sus despojos...

JESUCRISTO VIVIO COMO VERDADERO DIOS, y los ángeles, al nacer, le saludaron con el cántico celestial: *Gloria a Dios en las alturas*, y un mensajero del cielo anunció a los pastores el lugar del nacimiento de su Salvador y su Dios (Luc. II), y una nueva estrella guió a los magos de Oriente (Mat. II), y en su bautismo descendió el Espíritu Santo sobre su cabeza, y se oyó la voz del Padre que decía: *Este es mi Hijo muy amado*; y, aunque no aprendió letras (Luc. 40-42), leyó los profetas y los interpretó en la

Sinagoga, (Mat. XXVII) y confundió a los doctores de la ley con su sabiduría...

JESUCRISTO MURIO COMO VERDADERO DIOS, y fué asistido y confortado en el Huerto por un ángel, y los sayones, a la voz de *Yo soy*, cayeron en tierra, y promete el Paraiso al Buen Ladrón, y pide perdón al Padre para sus enemigos, y los cielos y la tierra dieron testimonio de su divinidad...

Jesucristo, pues, dió testimonio con sus palabras, con sus obras, con su vida y con su muerte, de que era verdadero Dios.

Y si el testimonio del mismo Cristo no tiene fuerza para convencer a los incrédulos y tibios en la fe, por ser de origen divino,



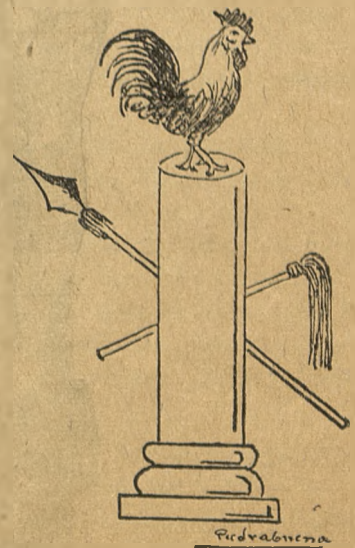
apelamos al testimonio de los hombres, cuyos hechos nos reflejan como verdad histórica indiscutible.

A la muerte de Jesús, muchos de sus verdugos, se llenaron de horror, y arrepentidos, confesaron que el que murió en la Cruz era *Hijo de Dios*. El Ladrón crucificado juntamente con El, por un soplo de la divina gracia, se arrepiente y le dice: *Acuérdate de mí cuando estés en tu reino*. El perverso Longinos, que atravesó con su lanza el costado de Jesús, quedó tan ilustrado y enternecido con la sangre que salió de aquella herida que vino a ser luego un santo penitente y un glorioso mártir de la fe de Jesucristo. Y el Centurión romano, el encargado de hacer cumplir la

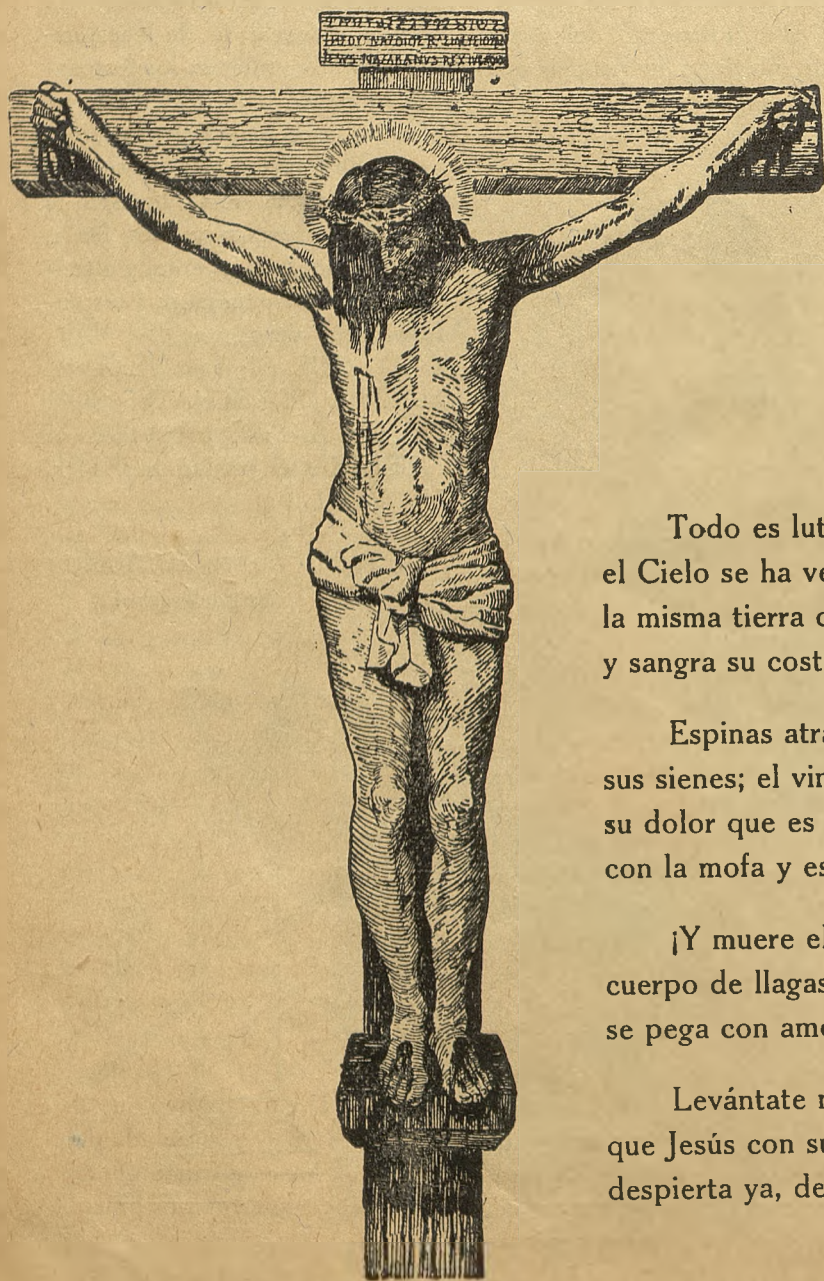
sentencia de muerte de Cristo, y, por lo tanto, testigo ocular de la escena sangrienta, conmovido de santo terror, en un arrebato de fe viva y de contrición sincera, baja de la montaña confesando también a Jesucristo diciendo: **VERDADERAMENTE ERA HIJO DE DIOS.**

Y el corifeo de la impiedad del siglo XVIII, al ocuparse de la forma y modo con que se verificó la crucifixión de Jesucristo, en un rasgo de sinceridad, dijo estas palabras: La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que se puede desear; la de Jesús, expirando en media de los tormentos, injuriado y maltratado de un pueblo, es la más horrorosa que se puede temer. Sócrates, tomando la venenosa cicuta, bendice al que se la presenta y llora; Jesús, en el suplicio más cruel y afrentoso, perdona y ruega por sus encarnizados verdugos; ¡EN VERDAD QUE SI LA VIDA Y MUERTE DE SOCRATES SON DE UN SABIO, LA VIDA Y MUERTE DE JESUS SON DE UN DIOS!...

EUGENIO GOMEZ SAN MARTIN
Maestro Nacional



... Huero el Salvador



Todo es luto, tristeza...; de crespones
el Cielo se ha vestido; el sol se ausenta;
la misma tierra de piedad revienta
y sangra su costado a borbotones.

Espinas atraviesan cual punzones
sus sienes; el vinagre le atormenta;
su dolor que es inmenso, se acrecienta,
con la mofa y escarnio de sayones.

¡Y muere el Salvador... y su divino
cuerpo de llagas todo lacerado,
se pega con amor al duro leño...!

Levántate mortal, sigue el camino
que Jesús con su sangre te ha marcado
despierta ya, despierta de tu sueño.

M. CALATAYUD.



MURIO MIRARDO A ESPAÑA

Ardía el sol resplandeciente en lo más de su celeste imperio, cuando en los aires sonó lúgubre, como clamor a muerto, el último golpe del martillo que repitió con lentitud el eco en la lejanía del Calvario.

La escena horrorosa de la crucifixión había terminado: sobre una pesada cruz, que llevó sobre sus lacerados hombros, quedó clavado de pies y manos el cuerpo exangüe de Jesús el Nazareno.

Y a la vista de suplicio tan horrible, el pueblo que pidió su muerte a gritos, sintióse pesoso de tamaña iniquidad; al mirar aquel cuerpo hecho una llaga, aquellos miembros dislocados y aquella cabeza ulcerada, se horrorizó de su tremendo crimen y temió la maldición de su castigo.

Recordó los milagros de Jesús, su doctrina y sus promesas henchidas de bondad y de cariño y el pueblo deícida se avergonzó de su perversa ingratitude.

Había sido arrastrado por la astucia de intriganes fariseos, comprados sus clamores y ajusta-

das sus blasfemias por impíos sacerdotes y sacrílegos pontífices.

No; el pueblo que le había recibido como Rey e Hijo de Dios, hace unos días no podía resistir aquella melancólica mirada de Cristo dolorido; no podía contemplar aquellas manos que aún bendicen, aquellos pies sangrantes que aún esperan, aquel dulce Jesús clavado a aquella cruz tendida en tierra.

No podía mirar a una mujer que le llamaba entre gemidos «Hijo mío» y que abrazada a sus pies, echada en tierra, lloraba amargamente.

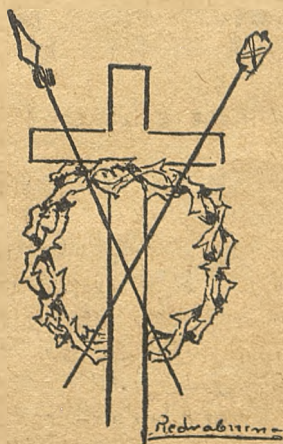
No podía ver la sangre ni en las manos de los pérfidos verdugos, ni en las pobres vestiduras que se habían repartido, codiciosos; hasta herían sus oídos las blasfemias que le dirigían los soldados.

Y mudo, silencioso y aterrado como león que huye a su cueva, después de devorar a su víctima, empezaron a bajar unos y otros de la pequeña colina del Calvario; porque la misma luz del sol, hasta las piedras que pisaban parecían acusarles de tan nefando crimen.

Quedaron en el Gólgota la turba empedernida—los soldados—fariseos, sacerdotes y pontífices.

Terminada la crucifixión de Jesucristo, crucificaron a la par los dos ladrones y cuando los tres suplicios tuvieron su hoyo abierto en la rojiza tierra, se dispusieron a levantarlos para exponerlos a la mofa y escarnio de quienes pasaran junto a ellos.

Y acercada la cruz de Cristo al hoyo que le correspondía, atadas las cuerdas y levantada del suelo, unos tiraron, alzaron otros y Cristo quedó suspenso de agudos hierros, abiertos sus brazos sobre la tierra redimida.



Mas ¡oh fausta circunstancia! ¡oh detalle feliz! que de tanto consuelo y dicha tanta debe llenar el pecho de todo español cristiano.

Cristo, según una piadosa tradición o leyenda pasionaria, murió mirando a Occidente, —Cristo murió mirando a España.

La última mirada de Jesús agonizante fué para esta España Mártir, que después elegiría para trono soberano de su Divino Corazón.

Sobre las negras almenas de las rocosas murallas, sobre las torres doradas del profando Templo, sobre los ricos palacios y ennegrecidos tugurios de la infiel Jerusalén, sobre las ondas rizadas de los anchurosos mares, Cristo fijó su mirada en una grande Península que se levantaba allá muy lejos en el confín de Occidente.

Jesús fijó sus ojos sanguinolentos en una rica tierra que entonces se disputaba a los romanos y que más tarde sería el más fuerte baluarte de su Iglesia y su Doctrina.

En una indomable y generosa tierra que arrojó de su suelo al invasor, al judío y al hereje; que al descubrir un Mundo Nuevo le daría su sangre y aún sus hijos; su lenguaje y sus virtudes para

extender su religión hasta los confines de los mares.

Cristo agonizante fijó sus apagados y moribundos ojos en la grande Nación que después de veinte siglos le proclamaría Rey supremo, sobre las ruinas y los escombros, junto a la cruz de sus Caídos, tras la más Santa Cruzada que han presenciado los siglos contra los muchos enemigos de su Cruz...

Lector, tan español, como cristiano, ¡cuántas veces en el fiero rugir de las pasiones sobre nuestra Madre Patria, al oír gritar a tantos desaparecidos fariseos como aquellos que gritaron a Jesús «¡Reo es de muerte!»; al sentir la espantosa tempestad que ha descargado sobre pueblos y ciudades tantas lágrimas y sangre!; ¡cuántas veces apocado el corazón, sangrando el alma he recordado esta leyenda pasionaria, esta piadosa tradición y aumentada mi fe, repetía muchas veces a Jesús «Señor, mi Patria está en peligro y no puede perecer: Acuérdate que un día Tú moriste en la Cruz mirando a España.»

E. G.



Los buitres de Galilea

J. Piedrahíta

Vilipendiado y escarnecido por todas las contumelias, por todas las vejaciones, por todos los ultrajes del populacho que ante la casa de Caifás y ante el Pretorio parece encarnar el espíritu bárbaro y sanguinario de las épocas primitivas, en las que el sentimiento humano era una aspiración de voracidad y la armonía de la Naturaleza un crugir incesante de mandíbulas y de garras, Jesús, el rabí todo dulzura y misericordia, yace sobre la Cruz, amargados los labios por la hiel del tormento, clavados al madero — ya ungido símbolo del más sublime de los renunciamientos—los pies y las manos que sólo se movieron para trazar los caminos del Bien y derramar los bálsamos de la caridad entre los hombres...

Al izarse el sagrado leño, grávido con la carga del Redentor, el cuerpo de éste hase agitado levemente, en un estremecimiento doloroso. Sus dulces ojos—acariciadores espejos del lago de Tiberiades, luz encantada del valle de Genezar—se han elevado primeramente a las alturas, como ofrendando al Padre la intensidad aniquilante de este dolor; luego—divinos mensajeros de la piedad— han traspasado las lejanas fronteras del tiempo y del espacio, para besar, con un eternal beso de amor y de luz, a la humanidad de todos los tiempos, y, finalmente, han descendido a ras del suelo para abarcar en una mirada de universal afecto y de perdón misericordioso a cuanto le circunda en esta hora suprema en que su sacrificio por el mundo va a quedar consumado...

Porque el mundo — la hipocresía de sus costumbres y la protervia de sus sentimientos— es quien va a matar al amorosísimo rabí de Galilea; pero, al morir a sus manos, el Cristo vencerá al mundo y lo dejará purificado en el Jordán de su sacrificio, con las espirituales linfas de su dolor...

Allá, un poco distantes, entre un grupo de mujeres que tejen en silencio su ofrenda dolorosa al valedor de los humildes y esperanzador de los desgraciados, Jesús ha distinguido a las tres Marías, temblorosas y deshechas en llanto, como

tres pobres lirios azotados por el furioso vendaval.

Y los recuerdos que le sugieren las tres mujeres cruzan remotos y borrosos por la mente, enneblinada por la agonía, del Hijo del Hombre, como aves que volaran lejanas en las últimas claridades del crepúsculo.

Con la figura de su madre, Jesús ve los plácidos días de la infancia con sus alegres juegos junto a la fuente de Nazaret, encantada de paz y de sosiego, bella y pura como una flor silvestre. Con María Cleofás se le representan los pequeños viajes, las reuniones familiares, la convivencia con sus primos, que habían de llegar a serle más adictos que sus propios hermanos. María de Magdala le recuerda a la pecadora convirtiéndose al bien y a la virtud por el influjo de su predicación, arrodillada a sus plantas para ungiéndose simultáneamente con las más valiosas esencias de la Naturaleza y los más aromados jugos de su corazón. Y a las tres las envuelve en una mirada de dulzura infinita, que debe penetrarlas como una claridad celestial, como un divino soplo de bienaventuranza y de amor inextinguible.

Con las tres mujeres, junto a su madre, ha visto también a Juan, el «Hijo del Trueno», el Benjamín bienamado de los discípulos. Y los exangües labios del Maestro se entrecabren, en una postrera y filial recomendación:

—¡Mujer, he ahí a tu hijo! ¡Hijo, he ahí a tu madre!

Y la cabeza del Salvador se inclina, se trunca, falta ya de soporte energético, como una flor cuyo tallo se tronchara por el aletazo del viento.

Brumas sangrientas, reminiscencias de crueldades, negruras de traición, siluetas de impiedad, cruzan, como confusa y atropellada cabalgata, por la mente que fué urna sagrada donde sólo se albergaron los más radiosos y puros sentimientos.

Entretanto, el escenario se pone a tono con el dolorido sentir del protagonista del pavoroso drama. La agonía cruelísima del Crucificado transmítese a la Naturaleza, que ha caído en una desolación profunda, tras su espantable protesta ante el crimen horrendo de la crucifixión.

Los campos aparecen desiertos y silenciosos, sobrecogidas y mudas las ciudades, entenebrecido el espacio por lúgubres crespones, tras los que el sol se oculta después de haber besado un momento la cima del Gólgota con su luz, en un beso eucarístico y redentor que sentirán solamente —sello de paz y de vida espiritual— las almas ungidas por la pristina pureza del ideal cristiano, únicas capaces de alcanzar el tan anhelado como por siempre incomprendido «reino de Dios».

El ambiente y el alma del Crucificado se van poblando conjuntamente de sombras dolorosas. El cáliz de amargura se ha vertido ya íntegro en los labios del mártir nazareno, que en esa hora postrera, en el desfilar amargo de sus recuerdos, se mira incomprendido por la generalidad de las gentes, lapidado en su propio pueblo, vejado por las turbas, azotado por los sayones, vendido por Judas, postergado a un facineroso, abandonado por sus discípulos, alanceado vilmente por la soldadesca...

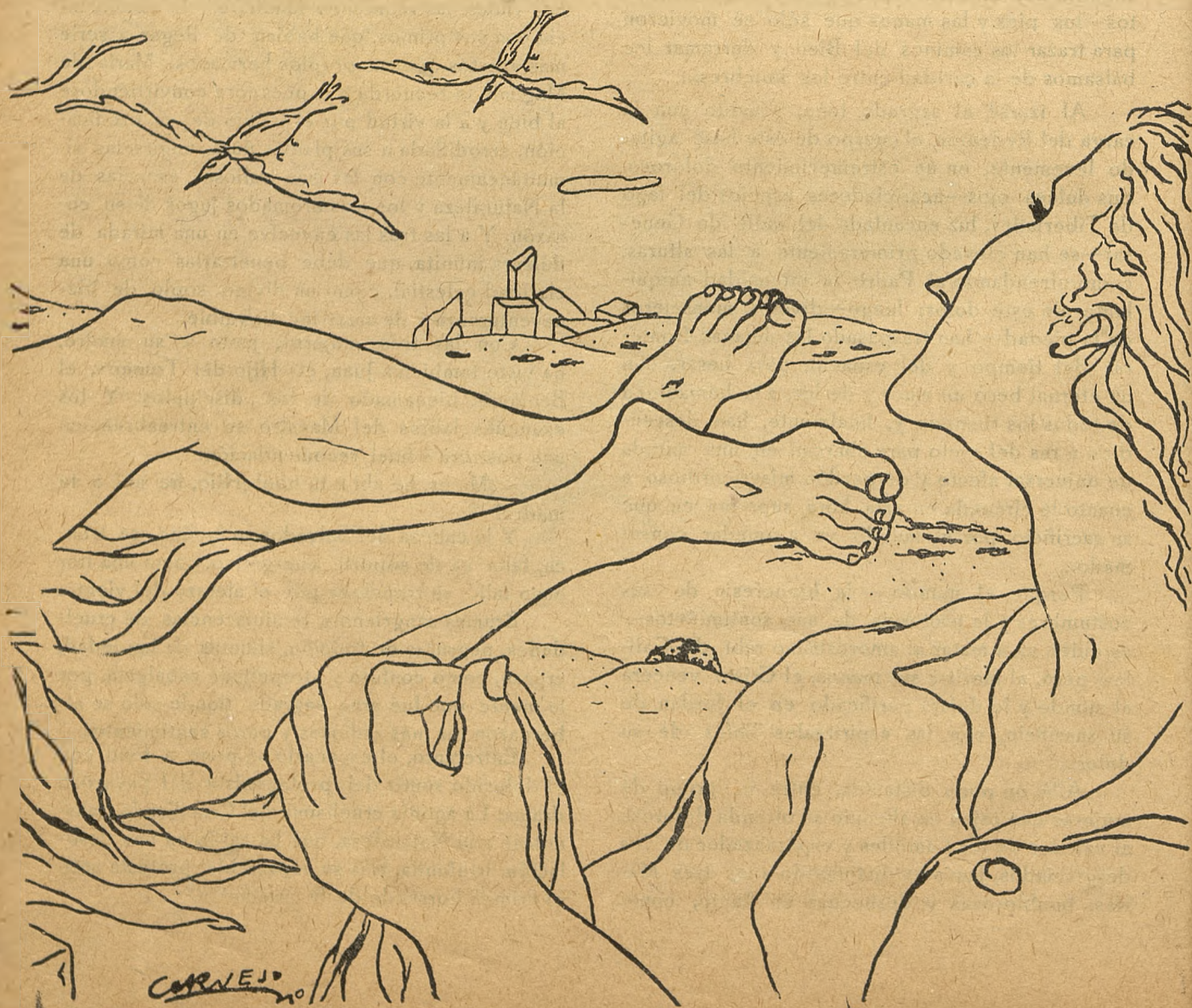
Y para hacer más crueles sus sufrimientos inefables, unas aves malditas, sombras fatídicas en la sombra, vuelan ahora en torno de la Cruz, ávidas de saciar su macabra voracidad; planean en descenso sobre el vértice del expiatorio ma-

dero, y al fin se abaten sobre el mustio lirio de la cabeza nazarena, tronchada ya por el postrer desmayo...

Las voraces alimañas van a herir la piadosa frente donde germinaron los más sublimes y generosos anhelos de amor y de confraternidad... Van a cegar los ojos que fueron lumineros miríficos de la caridad y de la sabiduría... Van a desgarrar los fecundos labios por donde el verbo maravilloso y cálido de la Redención fluyó a torrentes...

Pero el Hijo del Hombre no está completamente solo ni completamente desamparado. De pronto, una silueta femenina se yergue al pie de la Cruz, y armando su diestra con duro hueso cogido por el suelo, defiende con valeroso ademán el mortificado cuerpo del Redentor. Es María, la madre de Cristo, que preserva a su hijo de las acometidas de los buitres irracionales, ya que, para que tuvieran cumplimiento las profecías, no pudo defenderlo de los buitres humanos —mil veces peores que los otros— que allí, en tierra misma de Judea, le han devorado ya, conjuntamente, el espíritu y la carne...

EMILIO CORNEJO CAMINERO.





Piedad

En toda la obra de la Redención resplandece con brillos sobrehumanos el amor de Dios para con sus criaturas y una piedad infinita hacia el hombre pecador. Pero donde adquiere su más grandiosa exaltación inefable es en el Gólgota, al pie de la Cruz, en aquel sublime grupo que forma la Madre con su Hijo muerto en los brazos. La Redención está ya consumada; el sacrificio de María va más allá...

Mientras exista el espíritu humano y en él las leyes del sentimiento y de la razón, el recuerdo del sacrificio consumado en el Calvario perdurará siempre; será el drama más sublime y ejemplar que, sin tener parecido a ninguno de los realizados en la vida del mundo, se ha desarrollado entre los hombres, aun mirado a través de la crítica humana; será inagotable manantial de emociones extraordinarias, de renovados sacrificios y siempre de meditaciones infinitas que encierra no sólo profundas enseñanzas para los pueblos sino, además, un consuelo inagotable para los mayores infortunios y una segura esperanza para el pecador.

La sangre del Justo, del Hijo de Dios, del Salvador del mundo, derramada en el Calvario, cayó cual benéfico rocío sobre la humanidad entera, *sin exclusión de nadie*, y cada gota bastó por sí sólo a lavar las culpas de millones y millones de hombres, como cada rayo de sol hace vivir a innumerables seres. No puede darse sacrificio más sublime y portentoso que el de la Pasión y Muerte de Cristo, ni puede concebirse resultado más grandioso que el conseguido por la divinidad de la Víctima.

Desde que el Hombre-Dios por su propia y omnipotente voluntad quiso morir en la Cruz, después de cruelísima Pasión, con la miel del perdón en sus labios, como contraste de la hiel que le dieron los hombres en la suprema hora de su agonía; más aún, ofreciendo por ellos, por sus enemigos, las primicias de la Redención, (¿concebible piedad más grande? ¡ah, que como infinita que es no cabe en la mente humana!) han transcurrido veinte siglos, larguísimo periodo de tiempo durante el cual se ha perdido la memoria de tantos

suplicios como se han realizado después sin que ninguno, fuera de éste, haya sido capaz de una redención y de las sublimes y eternas verdades que hoy son el fundamento de la sociedad.

Ante la magnitud del drama del Calvario, por la calidad divina del protagonista, perpetua redención del mundo, que empieza en el idilio de Jerusalén, quedan oscurecidos y anulados todos los demás hechos que por su dolor brillan en la historia. Jesucristo muere perdonando y bendiciendo, que no un hombre sino sólo un Dios podía morir así, al pronunciar su última palabra, con las losas de las tumbas que se abrieron, abriéronse de par en par y para siempre las puertas de su infinita piedad... Y porque así lo quiso, al modo que El encarnó en nuestra naturaleza, dióle también a su piedad forma humana, sin perder nada de su infinitud, para hacerla más asequible a nosotros, para acercarla más a nuestro corazón que tanto había de necesitar de ella en «este destierro y valle de lágrimas...»

Una Mujer, como la llamó el Divino Redentor antes de expirar, al recibir en sus brazos el Sacrosanto Cadáver, con el amado despojo recibió en su corazón el legado bendito de una santa y perpetua piedad para los que peregrinamos por este mundo. Y esa Mujer es María, la llamada por la Iglesia «corredentora del linaje humano y dispensadora de la divina gracia». Desde entonces todas las amarguras, todos los dolores, todos los infortunios han encontrado en Ella su más dulce consolación; por eso la llama todos los días, en todos los idiomas, *¡Consolatrix afflictorum!*...

¿Qué más? ¿si hasta para los que con sus pecados crucifican de nuevo a su Hijo,—¡oh inconcebible piedad!—Ella es su amparo y su refugio más seguro? *¡Refugium peccatorum!*

Esta piedad que ejerce María, de la que ya hemos dicho que más que humana—de la que sólo tiene la forma, siquiera sea la más bella y perfecta que puede darse—es divina por delegación del poder y querer de su divino Hijo, alcanza a todos y para todos, con predilección a los



pecadores que son los que más la necesitan, porque el pecado es la mayor y más terrible de las desgracias que nos puede acaecer, con fuerza no sólo suficiente sino superabundante como lenitivo y remedio, pues que esta piedad es el fruto de los méritos infinitos de Cristo, segunda encarnación del infinito amor de Dios, depositada en María,

su Santísima Madre y nuestra, y por ende Madre de Piedad y de Misericordia. Si hemos caído—¡cuántos son los «caídos» en pecado!—sepamos merecer y aprovechar este extraordinario medio que nos ofrece para salvarnos la Divina Piedad de Dios.

LORENZO ARIAS



... Y entrelazaron ramas
de azufaifo y espino...
Yo sé que mi maldad pulió sus bordes
y agudizó sus filos.
Yo sé que mis pecados,
han sido lima de los garfios finos
que sajaron las sienes
más impolutas que vieron los siglos.

(¿Y en tu Instante Supremo
perdón por mí has pedido?)

¿Qué no supe,—cruel,—lo que me hice,
a tu Padre le has dicho?..)

Miro la Sangre que compró mi vida
surcar tu Rostro de calientes hilos.
Fué mi desdén. La derramó mi culpa;
pero mi desvarío,
no supo sino darte a cambio de ella
jaj!, moneda de olvido.

DOLORES MARIN

RESURREXIT

Cuando aquella mujer de Samaria, caída la tarde en la boca del pozo como el anís huído de un espejo, sabe, ya el rosa húmedo de la panza del cántaro por el valle apretado de su cadera, que ha resucitado aquel Hombre que pidiéndole agua la llagó de sed inapagable, y sabe, más aún, que ha resucitado para saltarse de su arcilla de nervios y de sangre, volar al cielo y dejarnos sólo la muralla de luz de su doctrina, se le escapan, en traducción celeste de Gabriel Miró, estas desgarradoras palabras pasionales, tremendas:

«—Rábbi, Rábbi, ¿por qué has resucitado para subirte al cielo?»

¡Terrible angustia de la mujer que ha sentido la presencia de Dios! Vaho de Dios, calor que se disfruta, palabra que raya oído adentro, escalofriante punto tangencial de una piel con la otra... Para aquella mujer que se ciñó de Humanidad divina, la Resurrección tenía livideces de una y casi definitiva muerte nueva. Y acaso acaso un desgarrón de celos. Para ella, se le había muerto Cristo... *de verdad*; resucitaba, y se le iba de la vida... *para siempre*. Se quedaba, sí, su sed, fiebre enloquecida sobre los labios secos, y un recuerdo de tarde junto al pozo... El Amor de Jesús la llevaba al cielo y a la tierra, para encontrarle con futuro de astro misterioso, para saborearle con recuerdo de agua viva pasada. Al esfuerzo de «Está allí», la emoción de «Aquí estuvo». Al humo tembloroso que se fué, iluminándose, el calor de ceniza donde gritó la llama su hermosura. Terrible dolor de una mujer enamorada de salvarse, misticismo teresiano—«por entre los pucheros anda el Señor», había de escribir después nuestra San-

ta de Avila—sin muerte—Muerte—, sino con Cristo, Cristo en hueso sonoro de médula de Hombre. Las palabras de la samaritana aquella son una dentellada al aire. ¡Al Aire! Parece que no cogen nada; pero en sus pulmones hay, después, un desasosiego divino, y en sus dientes. como un relámpago de sol. «Rábbi, Rábbi...»

Cristo ha resucitado, con *otra* Resurrección, para nosotros. No es una ceremonia más. Nada de pensar que es cosa de veinticuatro horas, bocinazo risueño de almanaque. No. Cristo ha resucitado, en España, *para subirse al cielo*. Y a nosotros nos toca ahora enloquecernos en su busca. Congoja constante por Dios. Desvivirnos. Electrizarnos de dentelladas al aire. ¡Al aire! El recuerdo angustioso de una muerte de 33 meses en nuestros altares ultrajados, debe ser la pasión de presencia que nos raje de celos las entrañas si pensamos que a Cristo no Le veremos más si nuevamente Le olvidamos con una vida sin amor en



Pedraza

la obra, sin sudor generoso en la tarea. La ansiedad de su luz, en una nuestra resurrección siempre hacia El, ha de poner en nuestra ruta el riego de una fosforescente Vía láctea. Que el «Siempre, siempre, siempre...» que Santa Teresa y su hermano repetían cuando niños (1), no se aparte, en

esta Resurrección de Dios a España, ni un solo momento de nosotros. Así podremos todos, en la vida, mirarnos bien las caras. Frente a frente. Sin que nos dé vergüenza.

«—Rábbi, Rábbi...»

J. A. S.

(1) Santa Teresa de Jesús. «Vida». Capítulo I.



Al Cristo de Villajos

QUE SE VENERA EN CRIPTANA

(Fué incendiado por los revolucionarios el año 1936)

¡Nada importa que quemen tu imagen,
Cristo de Villajos!

que en todas las almas
donde está tu recuerdo grabado,
la pavesa que sale candente
de las ruinas de tu santuario;
ha encendido volcanes eternos
de fervor cristiano.

¡Nada importa que quemen tu imagen
Cristo de Villajos!

que los picos de los gorriones
que piaban en trochas y prados,
ahora ya no pían.
por que están afanosos buscando
entre las escorias
que el fuego ha dejado,
los carbones que fueran tu cuerpo,
para con sus andas de pluma elevarlos
de la tierra ingrata
que te envuelve o en polvo o en barro.

¡Nada importa que quemen tu imagen
Cristo de Villajos!

que allí donde ha puesto
la feroz herejía sus manos,
debe arder una llama que borre
lo que éstas mancharon;
una llama que deje tu trono
puro y solitario,
para que las hordas salvajes se aterren
viendo que ni días ni meses ni años,
consiguieron llenar un vacío
que tú solo pudiste llenarlo;
para que las hordas salvajes que han hecho
de tu albergue ceniza y escarnio,
sepan que las llamas a tí dirigidas
solo han conseguido quemarles tu amparo.

¡Nada importa que quemen tu imagen
Cristo de Villajos!

que de ser yo guardián de tu ermita
el minuto aciago
en que la blasfemia
y el ultraje hasta Tí se acercaron,
y de ser impotente mi esfuerzo
para dominarlos,
mucho antes que verte ofendido,
yo en persona te hubiese quemado!!

JOSE VICENTE

APUNTES RAPIDOS DE LA SEMANA SANTA SEVILLANA

I

¡Ya vienen los nazarenos
con sus bujías de nardo!
La gente se arremolina
para ver cruzar el paso.
Como si fueran distintas
las cosas de cada año.
¡Ay mi Sevilla morena
cómo te vas perfilando
a través de las edades
con tus cirios de alabastro!...

II

... Con una túnica verde,
llegan calle Sol abajo,
los «calés», los nazarenos,
del Cristo de los gitanos:
tienen los ojos de lumbre;
marchan serios y callados
y dicen en sus saetas
que el Señor hace milagros
cuando se para despacio
de cara hacia los gitanos
(«Manué» le llaman a Dios,
al Señor de los gitanos...)
«Mira, Manué, que la burra,
no se tiene de los brazos,
mira sus ojos, Manué...»
(El Señor, sigue su paso.)

III

La Luna le da detalle
al regresar a su casa,
la Luna le va besando,
la Luna, Lunita clara:
¡Ay, que ya viene entre cirios
por el puente de Trianal
¡Cómo nos tiemblan los pulsos
cuando miramos su cara!
Es el Cachorro, que tiene,
su perfil entre las aguas,
¡Cómo salen por el aire
de la triste madrugada
las saetas al Cachorro
que se retrata en el agua!
(La Luna lo va besando
la Luna, Lunita clara)

IV

«¡Ya viene la Macarena,
mira, que parece un verso!,
viene llorando, llorando
y también llega riendo.
Llora porque los esbirros
de Caifás hechos veneno
prisionero se llevaron

a Jesús el Nazareno,
cuando rezaba por ellos,
cuando rezaba en el Huerto.
Y ríe, porque su Hijo,
crucificado por ellos...
se hallará pronto a la diestra
del Dios Padre, por los cielos.»
«¡Ya viene la Macarena,
mira que parece un verso!»

V

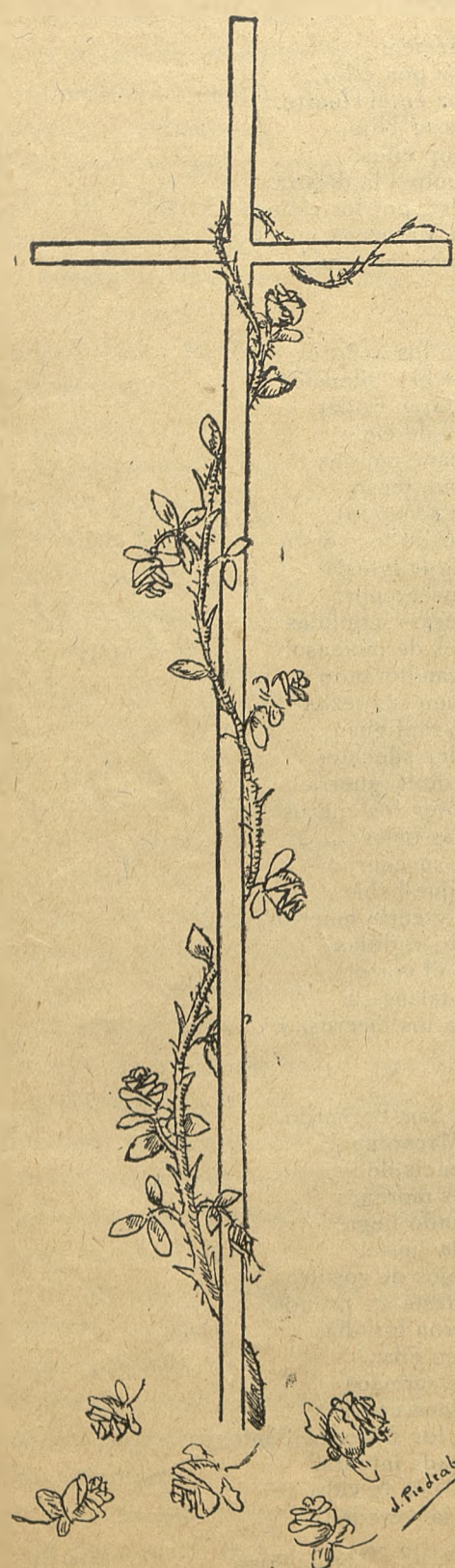
El Señor de los señores,
(antes del nombre, silencio),
el Señor del Gran Poder,
con serenidad de cielo,
(tiene en su cara morena
el dolor sereno, tenso
como si fuera soñando).
Y al desgarrar de los versos
va saliendo de la Iglesia
entre serios nazarenos:
¡Ay las promesas cumplidas
entre perfumes de incienso!
Las mujeres van llorando
los ancianos con sus rezos
y los niños se santiguan
asombrados del silencio:
«El me salvó de la guerra,
me dió abrigo en los eneros
y me desvió las balas
como si fuera su cuerpo
algo del aire que había
entre heridos y entre muertos,
por eso voy de rodillas
acompañando el cortejo.»
(Esto dice un falangista
que mira hacia los luceros...)

VI

¡Mocitas de San Bernardo,
mozos de la Macarena
que orgullo teneis de ver
entre las calles morenas
de Sevilla cuando llega
la tristeza de la fiesta!
Yo, estoy lejos de vosotros
con el alma puesta en prenda,
¿dónde se fueron los días
en que salía con ella...
a ver pasar los «armaos»
que lleva la Macarena?
¿Dónde están, los Viernes Santos
con su madrugada intensa?
Todo se fué cual la vida
se marcha por la vereda...

DON FUSIL

PALABRAS Y SILENCIO



Se escapa el sol y aflase en crujido
de látigo en la espalda de Judea.
Queda en yerto terror la patulea,
buscándose en un pulso sin latido.
La clueca de la luna rompe el nido.
(¡Qué choque de luceros se acarreal!)
Y en un Getsemaní de agujas vivas,
cosen perlas de llanto las olivas.

Late en Cedrón de asombro desbordado
la séptima palabra pronunciada.
La camisa del aire está bordada
con una ardiente herida de Costado.
La madera de un Leño se ha avivado
y es ya una Cruz que suma, enamorada,
la fe de cinco rosas siderales
con los siete pecados capitales.

Y luego..., ese relieve imperceptible
del sollozo de un lirio a quien se hiere:
todo el desgajamiento del que muere,
pudiendo hacer posible lo imposible.
La postrera palabra. La indecible.
La que quiere decirse y no se quiere.
La del silencio misterioso y grave.
¡La que tan sólo Dios recoge y sabe!

¡Silencio de Jesús! Palabra octava.
Mis Gólgotas de muerte se escalonan,
y el cansancio del alma me coronan
con un bruto verdor de zarza brava.
Del sangriento rosal que en mí se clava
cinco flores de fiebre se emocionan.
Grito mi voz. Y de repente, el miedo.
Quiero imitarte en tu callar. ¡No puedo!

Y contemplo el vocablo sin belleza,
mi octavo desgarrón de voz baldía...
La majestad que tuve en mi agonía
la recojo del suelo, sin realieza.
Ni hielo ni calor. Sólo tibieza.
La cobarde explosión sin gallardía.
Un pedazo de vidrio que se engríe
y, en vez de ser lucero, se deslíe...

¡Señor, Señor! ¡Silencio en mi tortural
¡Enclavijad mi boca cuando intente
romper mi octavo aliento al que me afrente,
malvestir con palabras mi locural
¡Poned sobre mi lengua una armadura,
que no pueda mover, resplandeciente!
¡Que sienta por mi vino el santo azufre
del que se encarna en Cristo, cuando sufre!

... Late en Cedrón de asombro desbordado
la séptima palabra pronunciada.
¡Mi séptima palabra, desanclada
de mi pequeño Gólgota inundado!...
Con tu Jueves de Muerte me he quedado.
¡¡Señor, que no lo pierda! Mi mirada
sólo quiere, en la noche de la vida,
buscar, ciego de Amor, tu Amanecida.

JUAN ALCAIDE SANCHEZ

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

SOCIEDAD ANONIMA

CAPITAL: 100.000.000 DE PESETAS

SUCURSAL DE VALDEPEÑAS

Más de 400 Sucursales y Agencias en España y Marruecos.

Corresponsales en las principales Ciudades del Mundo.

Ejecución de toda clase de operaciones de Banca y Bolsa.

Cambio de monedas.

Cartas de Crédito.

Seguros de cambio.

Transferencias de fondos entre las Sucursales, etc.

CAJA

Cuentas corrientes a la vista, de ahorros, consignaciones a vencimiento fijo e interés según el plazo.

ARTURO ESPINOSA

DROGAS, PRODUCTOS
ENOLOGOS, MATERIAL
ELECTRICO, TUBOS DE GOMA,
VIDES AMERICANAS.

JOSE ANTONIO, 4 - TELEFONO 47

VALDEPEÑAS

CORSES-FAJAS

MARIA-LUISA

CONFECCION A MEDIDA

Especialidad en
fajas ortopédicas

según prescripción de
los Señores Médicos

Caldereros, 18

VALDEPEÑAS

CALZADOS

RUSTARAZO

— LOS MEJORES —

VIRGEN, 13

VALDEPEÑAS

(CIUDAD REAL)

Farmacia
A. de Merlo



Cristo, 1

VALDEPEÑAS
(CIUDAD REAL)

ANTONIO EIKELMAN

TALLER MECANICO
ACCESORIOS
PARA AUTOMOVILES

S. DE JUNIO, 26 TEL. 106

VALDEPEÑAS
(CIUDAD REAL)



S. E. U. Defensa de Cristiandad

Han descansado los brazos guerreros en la Cruzada. La cruz vuelve a relumbrar en las corazas juveniles. Las aulas han vuelto a reír con alegrías de primavera y en ellas los universitarios de las falanges hispanas velan a la sombra del cisne complutense. Religión y Milicia «Estudio y Acción». He aquí los lemas horizontes de nuestros pasos.

Nuestra posición de universitarios revolucionarios dentro de nuestra religión es puramente idealista, como la poesía constructiva de que hablaba José Antonio. Posición de firmes en el puesto de vanguardia de la cultura católica de todos los tiempos, iniciando una función activa y redentora de la norma idealista y sacrosanta. Así en nuestros actos tenemos pruebas de una fe insaciable e infinita. La tranquilidad de espíritu con que morían nuestros mejores, nos dice algo de mártires en un peregrinaje callejero. Por eso, nosotros universitarios de Cisneros no podemos entrar en competencia con estas asociaciones religiosas que difunden de una manera activa la verdad católica sobre campos, ciudades y aldeas yermas sin semilla de cristiandad. Nuestra actitud a este respecto, fiel a los designios históricos de siglos dorados, es de armonía y colaboración. Precisamente nuestro asesor religioso nacional Fray Mauricio de Begoña, en su ponencia ante el IV Consejo Nacional del S.E.U. celebrado en el Escorial, deja bien definidos nuestros principios, esencialmente católicos, en

el ámbito cultural y espiritual dentro del Movimiento.

El S. E. U. en el seno mismo de su organización encuadra a los consiliarios religiosos, portadores de una misión redentora de almas recias y sanas, y aquí dentro, el apostolado sacerdotal lanzará sobre la universidad tradicionalmente católica, la proyección cultural de una historia de santos y guerreros, de capitanes y mártires. Su labor dentro del haz del S. E. U. ha de ser ministerial, religiosa y cultural, respondiendo a una realidad que no se nos oculta; volcar al vacío el lastre de un ateísmo criminal... enseñar a acercarse a Dios a estos universitarios que son cerebro de la Patria y añoranza de grandezas pretéritas...

Con un estilo puramente falangista, con alientos de Revolución Nacional Sindicalista, deben venir a nuestras filas la juventud católica española, barrera contra mitos extraños y dogmas importados de occidente, y aquí en la acción de nuestro estudio, consagrarse a inculcar en la pureza de nuestras almas y cerebros—hechos para el laboratorio y la trinchera—la sabia joven llena de vitalidad y alegría de un despertar silencioso y celestial de parábolas y ejemplos.

Presentes en nuestro afán estaremos nosotros—católicos fervientes—para elevar ese espíritu juvenil purificándolo, defendiéndolo, y completar su estilo que lo malgastan los advenedizos; estilo nacional-sindicalista, católico, universal y único por su modo de ser; sin forzar conciencias, si no convencer en una vocación para la eternidad. Que la gran Iglesia Católica—sin ñoñerías pobres—,

perfectamente preparada, viene a liberarnos del «otro» material y no creyente; a libertarnos con su armonía espiritual, de un desasosiego interno, dándonos cultura y formación, religión y austeridad. Armonizar la Técnica con el Estudio, la Vitalidad y la Universidad, la Falange con la Iglesia.

El S. E. U. a la sombra de sus banderas victoriosas, no descansa. ¡Siempre alerta! «contra todo enemigo del interior o del exterior» está en pie de guerra contra las falsas doctrinas. Atentos a la formación religiosa de alta doctrina filosófica, teológica y moral. Creando dentro de sus escuadras un ambiente más cristiano, más creyente y más humano, que les llene de una fe ciega para emprender sus gigantes empresas. Y en esta empresa de paz espiritual, lanzar sus consignas de enérgica protesta contra todo lo que signifique desviación errónea hacia los destinos que Isabel y Cisneros nos señalaron con la agudeza de sus flechas hacia el único camino que conduce al Imperio, hacia Dios que nos tiene señalado un puesto de presente en un firmamento eterno de luceros inmortales a esta juventud de hábito azul que sonríe a la muerte con el crucifijo en las manos.

B. ALARCON

Caballero de España
Jefe Provincial del S. E. U.

IMPRENTA «LA UNION»

SEBASTIAN BERMEJO, 18

VALDEPEÑAS

Clínica Médico-Quirúrgica del Dr. Ballenato

VALDEPEÑAS

=====
Consulta de Ginecología,
Aparato Digestivo, Aparato Urinario,
Sistema Nervioso, Enfermedades
Internas. =====



DIAS DE CONSULTA:

SABADOS DE 6 a 8

DOMINGOS DE 10 a 12

Otros días previa consulta
con el Director.

FRANCISCO GARCIA ANDRES

Sucesor de PASCUAL LEAL

=====
CONFITERIA

VALDEPEÑAS

Juan José Maroto

=====
FABRICA DE MANTECADOS

Pintor Mendoza, 7

VALDEPEÑAS

E. UREÑA DELÁS OCULISTA

Consulta diaria de enfermedades de los ojos, Graduación
de la vista, Operaciones como Catarata, Pterigión, Rijas, etc.

Pintor Mendoza, 8 y 10

VALDEPEÑAS

CASA ORTIZ

Librería y Papelería
Objetos de Escritorio
y para Fumador

VALDEPEÑAS

E. SERRANO

SASTRERIA
NOVEDADES

VALDEPEÑAS

Viuda de Gregorio Sánchez

Paquetería :-: Géneros de Punto :-: Perfumería

Escuelas, 7

VALDEPEÑAS

DANIEL MEDIERO

LOZA Y CRISTAL -- ARTICULOS PARA REGALOS

ESCUELAS, 10

VALDEPEÑAS

FARMACIA PALACIOS

ESCUELAS NUM. 10

VALDEPEÑAS

"La Galana"

OBJETOS DE ESCRITORIO
LIBRERIA Y PAPELERIA

VALDEPEÑAS

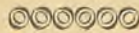
Arte Religioso

S

A

N

T



Torrecilla, 17

O

VALDEPEÑAS

S

Manuel Rodríguez Zúñiga

NOTARIO

Torrecilla

VALDEPEÑAS

EL LIRIO

LA MEJOR PELUQUE-
RIA DE SEÑORAS

VALDEPEÑAS

EMPRESA COMERCIAL ALBERT

CARNICERIA SANROMA



Real, 1

VALDEPEÑAS

CORTES Y MERLO



ALMACEN DE TEJIDOS



VALDEPEÑAS

Miguel Calatayud

PIELES Y LANAS



TRIANA, 13

TELEFONO, 151

Valdepeñas

Panificadora de Valdepeñas

FABRICA DE HARINAS

VALDEPEÑAS

VIUDA DE RAFAEL MORO

Comestibles Finos

Escuelas, 9
Teléfono, 175

VALDEPEÑAS

SANTA-MARIA

FARMACIA

SEBASTIAN
BERMEJO, 20

VALDEPEÑAS

Academia CARDENAL CISNEROS

Primera Enseñanza graduada.--Segunda Enseñanza

Bachillerato (curso intensivo), carreras especiales, Comercio,
Policia, Magisterio, Contabilidad, Correos, etc.

Espléndido internado.--Profesorado titulado.--Gabinete de Física, Química
e Historia Natural.--Estudios de Música y Pintura

Capilla regida por el capellán del Establecimiento

Pintor Mendoza, 15

(Antiguo edificio de Religiosas Concepcionistas)

Solicitar Reglamento en la Secretaría de este centro.

Farmacia PIQUERAS



Escuelas, 12

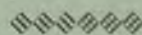
VALDEPEÑAS

PONCHE

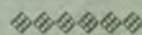
TALLE

SIN RIVAL

Pedro Crespo



Gran surtido en tejidos
y géneros de punto



ULTIMAS NOVEDADES

VALDEPEÑAS

Castellanos, 2

Calzados Peñalver



VALDEPEÑAS

Banco Hispano Americano

Capital autorizado: 200.000.000 Ptas.

Capital desembolsado: 100.000.000 “

Reservas: 70.500.000 “



Realiza todas clases de operaciones de Banca y Bolsa



Sucursal de VALDEPEÑAS

Pintor Mendoza 44 :-: Teléfono 56